



Teatro Indio Comedia

Indice.

Comedias de D. Juan de Matos Fragoso.

Comedias de D. Antonio de Zamora.

---

12. El lucero de Madrid y divino labrador San Ysidro.

13. Preso, muerto y vencedor todos cumplen con su honor en defensa de Cremona.

14. Ser fino y no parecerlo.

15. Quitar de España con honra el feudo de cien doncellas.

16. Diablos son los alcahuetes, y el espiritu foleto.

COMEDIA FAMOSA.

VER Y CREER.

SEGUNDA PARTE DE REYNAR DESPUES DE MORIR.

DE DON JUAN DE MATOS FRAGOSO.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

El Rey Don Pedro.
Don Lope de Acuña, Galan.
El Príncipe Roberto.
El Condestable de Portugal.
Nuño de Almeyda.
Doña Blanca, Dama.
Doña Leonor, Dama.
Beatriz, Criada.
Constanza, Criada.
Tristan, Gracioso.
Brito, Criado.
Ricardo, Criado.
Damas. Música.
Criados.
Acompañamiento.

JORNADA PRIMERA.

Salen el Rey Don Pedro, Don Lope de Acuña y el Condestable.

Lope. VUestra Alteza, gran señor,
pues sabe que todo el Reyno
de Portugal le idolatra,
como soberano dueño,
dé un buen dia á sus Vasallos,
templando el áspero ceño
de su tristeza. *Rey.* Don Lope
de Acuña, desde el suceso
infeliz de Doña Ines
de Castro, cuyos luceros
á otra mejor Monarquía
por estrellas se añadieron,
no quedaron mis sentidos
capaces de admitir cuerdos
alivios: la pena sola
es ya mi divertimiento.
Lope. Pues, señor, ya vuestra Alteza
no satisfizo el sediento
noble furor en las vidas
de los que cómplices fueron
en la injusta tiranía
de la Reyna? Ya no dieron
público escarmiento al mundo,
con el mas raro y mas nuevo
artificio de venganza,
que intentó el rigor severo?
Condest. Ya no le vengó? *Rey.* No fué,
Condestable, grande exceso
el quitar la vida á quien
me hirió en el alma primero.
Lope. El divertir la memoria,
señor, de esos sentimientos,
le conviene á vuestra Alteza;
pues esa vida, ese aliento,
tambien es de sus Vasallos.
Rey. Don Lope, admito el consejo;
dexemos la pena mia,
y de otra materia hablemos.
Lope. Bien sabe ya vuestra Alteza,
como el Príncipe Roberto,
hermano del de Saxonia,
viene á su patria huyendo

á

á valerse de tu amparo.

Rey. Ya lo sé, y que estoy resuelto
en recibirle en mi Corte;
y aunque algunos me dixeron,
que fué traidor con su hermano,
y que tirano y soberbio,
con rebelde alevosía
intentó quitarle el Reyno,
dándole muerte, yo solo
aquello que he visto creo,
y lo que informan testigos;
que creerse de ligero,
arguye mucha malicia
ó muy poco entendimiento.

Lope. La entrada que hizo en Lisboa,
y el grande acompañamiento
que tuvo de los Fidalgos,
le acreditó de discreto,
pues cortesano ha sabido
agasajar halagüeño
á muchos con la modestia,
á todos con el ingenio.

Rey. Justo será que le ampare.

Condest. Pues piadoso y justiciero
á un tiempo os mostrais con todos,
una merced pedir quiero
á vuestra Alteza. *Rey.* Decid.

Condest. De los servicios y hechos
de Don Tello de Meneses,
no quedó mas heredero,
que su hija Doña Blanca,
á quien vuestra Alteza en premio
el Condado de Ulemira
prometió; no tuvo efecto
esta merced hasta ahora:
y para su casamiento,
por ser mi sobrina Blanca,
que confirmeis el decreto
mi intercesion os suplica.

Rey. Sabed, que mejor tercero
tiene en mi memoria Blanca.

Lope. Si sabe mi galanteo *ap.*
el Rey? ay Blanca divina,
quánto en amarte intereso!

Condest. Y quién es, señor? *Rey.* Su sangre
su virtud y entendimiento,
pues son acreedores mios
los servicios de Don Tello,
y lo miraré. *Sale un Criado.*

Criad. Señor,
aquel Príncipe Extrangero,
que ha venido de Alemania,
pretende hablarte. *Lope.* Roberto
es este, señor. *Rey.* Dí que entre.

Lope. Si su delito fué cierto,
rezelo que el de Saxonia,
que es Elector del Imperio
y poderoso, se ofenda
de que ampares en tu Reyno
á su enemigo. *Rey.* Don Lope,
la piedad, que es don del Cielo,
no se acuerda del delito;
y sea ó no verdadero,
el que se ampara de mí,
negarle el favor no puedo.

Sale el Príncipe Roberto.

Rob. Vuestra Alteza me dé los pies.

Rey. Roberto,
los brazos al valor vuestro debidos.

Rob. Dichoso yo, si en ellos hallo el puerto
que me negaron bárbaros oidos.

Rey. Cómo venis?

Rob. Pisando golfo incierto,
contra vientos del hado embravecidos,
que turbando mi honor me han obligado
á vivir fugitivo y desterrado:
mas ya, Pedro invictísimo, que veo
á vuestros pies parada mi fortuna,
no tengo que pedir á mi deseo,
ni de tantas envidias queja alguna.
Al Duque de Saxonia, á Clodovéo
mi hermano, le informó lengua importuna
que yo de aquel Laurel, que ciñe Augusto
solicitaba ser tirano injusto.
Dió crédito al engaño, y persuadido,
quiere meterme en ásperas prisiones;
quando un leal, de mí compadecido,
me avisa de sus cautas intenciones:
sobre un bruto Aleman, rayo encendido
que al viento le bebió respiraciones,
fio mi vida en medio del reposo,
huyendo del rigor de un poderoso.
Y qué mayor castigo mereciera
quien la Corona de oro hurtar pensara
al páxaro del Sol, y hasta su esfera,
ambicioso Neblí, se remontara?

Quién,

Quién, contra el Laurel Regio, eleda ce-
ciego y desvanecido fabricara, (ra,
que no sembrara en cándidas espumas
el artificio loco de sus plumas?
No suele en verde prado álamo solo
esmaltarse de páxaros parleros,
para dormir quando se ausenta Apolo,
como mi hermano está de lisonjeros:
debe de ser estrella de aquel Polo
adornarse el Laurel de áspides fieros;
pero si hallo aquí vuestros favores,
yo le perdono al hado los rigores.

Rey. Solamente al venturoso
vale la razon, Roberto,
que en delitos ignorados,
siempre el infeliz es reo.
Yo estoy de vuestra desgracia
advertido, y con intento
de ampararos en mi Corte,
que me ha lastimado el veros
perseguido de la envidia,
y de vuestra patria huyendo.
Lope de Acuña? *Lope.* Señor.

Rey. Daros á Roberto quiero
por huésped y por amigo:
de su asistencia el festejo
fio de vuestro cuidado.

Lope. Como ventura agradezco
la ocupacion, para hacer
alarde de mis afectos.

Rob. El feliz soy yo, pues logro
por amigo y compañero
á quien tanto intenta honrarme,
y á quien servir solo espero.

Rey. Que es mi persona, advertid,
Lope de Acuña, á quien debo,
por sus servicios y hazañas,
la Corona que poseo:
él es el primer Vasallo
de mi estimacion. *Lope.* Confieso,
gran señor, que por hechura
vuestra ese favor merezco.

Rob. Por la fortuna que hoy logro,
y por la que al lado tengo
de Don Lope, á vuestra Alteza
la mano otra vez le beso.

Rey Venios, Roberto, conmigo,
que informarme de vos quiero
de las cosas de Alemania:

Rob. Diré que al Sol voy siguiendo.

Vanse, quédase Don Lope, y sale Tristan.

Trist. Que el Rey se fuese esperaba,
para hablarte. *Lope.* Qué tenemos?

Trist. No mas que un favor de Blanca.

Lope. De Blanca?

Trist. No hagas extremos,
que lo que tú no has podido,
lo ha conseguido mi ingenio.

Lope. Pues cómo allanó tu industria
lo que yo en tan largo tiempo
no pude? *Trist.* Porque soy tonto,
y mejor furtuna tengo.

Lope. Yo no sé por qué razon
son mas dichosos los necios.

Trist. Por muchas, y la mayor
es la que te iré diciendo.
Mira, la fortuna es una
Dama de gallardo cuerpo,
llena de joyas y galas,
que causa á todos respeto.
Esta anda entre los concursos
mayores del Universo;
y los discretos, que vén
venir con garvo y despejo
una muger tan bizarra,
como corteses y atentos,
á los lados se retiran,
porque ella pase por medio,
haciendo como entendidos:
y como los majaderos
no hacen caso ni se apartan,
y se están quedos, que quedos;
la fortuna, que va andando,
es fuerza topar con ellos.

Lope. Bien has dicho: dime ahora
el favor que traes. *Trist.* Quedo,
señor, que primero yo
he de cobrar mis derechos:
de Blanca un papel te traygo,
y es el porte, quando ménos,
veinte escudos. *Lope.* Aun es poco:
yo, Tristan, te los prometo,
como ello sea verdad.

Trist. Y como que es verdadero.

Lope. Papel de Blanca, qué escucho!
dámele, Tristan. *Trist.* No puedo.

Lope. No fias de mi palabra?
Trist. Si haré, mas oye primero:
Bien sabes como el Jardin
de Blanca es el mas ameno
que tiene toda Lisboa,
porque su padre Don Tello,
viniendo de ser Virrey,
le labró con tanto aseo,
que es emulacion florida
de los pensiles Hibleos.
La puerta que sale al campo
vi abierta, y con ardimiento
me entré, como que buscaba
á alguno, quando al encuentro
me sale tu Blanca hermosa,
preguntándome, á qué efecto
entraba allí: yo la dixe,
que tú te estabas muriendo,
y que buscaba unas yerbas,
que los Médicos expertos
te habian hoy recetado;
y que solo en aquel puesto
se hallarian, por mas fértil
de todos los del terreno.
Qué yerbas son? me pregunta;
mas yo, que me vi de lleno
cogido, inventando nombres,
eché por aquesos cerros.
En fin, la dixe, que estabas,
de rondarla aqueste invierno,
con catarral calentura:
que de los muchos serenos
te habian dado unos flatos
tan tiranamente recios,
que te quitaban la vida;
y que te diese remedio,
que todo tu mal nacia
de sus desdenes severos:
que te daban parasismos,
y que perdias el seso:
que no podias comer
ni dormir, y otros excesos,
que encarecí tan al vivo,
que yo los creí primero.
Ella enternecida entónces,
la escribanía pidiendo,
tomó la pluma; y porque
el papel quiso soberbio
competir con la blancura
de su cristal puro y terso,
asentándole una mano,
le afrentó con cinco dedos.
Y en fin, aqueste villete *Dásele.*
me dió para tí. *Lope.* Qué veo?
papel de Blanca en mi mano,
de mi firme amor en premio!
Lee. *Tristan dice, que no estais con salud, y que la causa de vuestros males, es la causa de mis desdenes; desde hoy serán ménos, porque vos tengais vida.*
Trist. Qué has visto?
Lope. Un favor tan grande,
que me enloquece el contento;
pondré en mi boca sus rasgos:
ay, dulce adorado dueño,
qué bien mis finezas pagas!
Trist. Bien las albricias merezco.
Lope. Tristan, toma este bolsillo,
porque solo tu despejo
venciera aqueste imposible.
Trist. Tal vez el que sabe ménos,
lo suele acertar mejor.
Lope. Verdad debe de ser eso,
pues sin mí lo hicistes todo.
Trist. Oye á propósito un cuento:
Un Barbero en un quartajo
visitaba cierto enfermo,
que tenia una apostema
con unos dolores fieros.
Alargábase la cura,
y el paciente echaba verbos.
Hermano, tened paciencia,
decia el Quirurgo diestro,
que este achaque va de espacio,
que en el hipocóndrio interno
teneis una hidropesía;
alcanzadme ese tintero,
porque quiero recetaros
un nuevo eficaz remedio.
Al darle el pobre la pluma,
el Caballo, que era inquieto,
asentóle la herradura,
y le rebentó el divieso,
con que al punto le cesaron
los dolores al enfermo,
sintiéndose mejorado,

y quedó á voces diciendo:
Vive Dios, que mejor cura
el Caballo, que el Maestro:
aplico ahora. *Lope* No apliques,
porque sale aquí Roberto.

Sale el Príncipe Roberto.

Rob. Señor Don Lope, ya el Rey
de mí quedó satisfecho,
con la individual noticia,
que le dí de mis progresos:
á vos mi amparo remite,
como primer instrumento
de sus determinaciones.
Lope. Venid conmigo, que quiero
enseñaros á Lisboa.
Rob. Habiendo visto el portento
mayor, quando en ella entré,
todo lo demas es ménos.
Lope. Qué habeis visto?
Rob. Una hermosura,
que en toda mi vida espero
ver mas singular prodigio,
y á saber quien era, el dueño
la hiciera de mi alvedrío,
poniendo á sus pies, si heredo,
el Estado de Saxonia.
Lope. Y en fin, de amor este Cielo
de Portugal, dónde ó quándo
la visteis? *Rob.* En el paseo
junto al Mar la misma tarde,
que desembarqué. *Trist.* Laus Deo:
esos son Pueblos en Francia,
y el buscarla es perder tiempo.
Lope. Conocereisla, si acaso
la volveis á ver? *Rob.* Es cierto;
pues tan vivo en la memoria
me ha quedado su diseño,
que es imposible olvidarla.
Lope. Pues vamos, señor Roberto,
que no quedará en la Corte
(por ver si hallais vuestro empleo)
calle, que no discurramos,
concurso, que no miremos.
Trist. Plegue á Dios, que esos caprichos
no paren en escarmientos. *Vanse.*

Salen Doña Blanca y Doña Leonor.

Leon. Ya que en estos Jardines
estamos, Blanca hermosa, retiradas,
y con estos jazmines
de registros domésticos guardadas,
sin riesgo de enojarte,
quisiera una pasion comunicarte.
Blanc. Seguramente puedes
decirme tu cuidado.
Leon. Tengo miedo
de que admirada quedes.
Blanc. Cómo de afectos amorosos puedo
admirarme, si á todos
veo, que rinde amor por varios modos?
Amor los Elementos
en dulce union enlaza: Amor, conforma
extraños pensamientos:
Amor, valientes Hércules transforma
en actos mugeriles,
y en fuerzas de Sanson ánimos viles:
Amor, sin pesadumbre,
corta del Mar las ondas arrogante,
y con oculta lumbre,
con natural instinto y voz amante,
brutos, aves y flores,
dando mudos están señas de amores.
Leon. El dia, Blanca hermosa,
que fuiste al Mar, y el de Saxonia vino,
quando por la arenosa
playa cubrieron Damas el camino,
en él puse los ojos,
libre de imaginar tantos enojos;
fué cosa en mí tan nueva,
el ver que un Extrangero me agradase,
que no pudo hallar prueba
amor, que mas sus fuerzas confirmase,
que rendir el decoro,
de quié siempre burló sus flechas de oro.
Verle otra vez deseo,
por ver si mi apresion se va mudándo,
quizá de aqueste empleo
mi voluntad se irá desengañando,
que tengo por injusto,
que se avasalle la razon al gusto.
Blanc. No estés tan descontenta,
prima, de tu capricho por extraño:
pues que la Griega atenta
al Capitan de Troya y de su engaño,
con mas fácil conquista
rindió su amor á la primera vista.
No hayas miedo que abrase

á

á Lisboa su amor, como ella á Troya,
ni que á cuidado pase,
que allí la admiracion de tanta joya
y tan ricos despojos,
hizo á la voluntad seguir los ojos:
otra vez, que le veas
conocerás tu error y desatino.

Leon. Ay Blanca! no lo creas,
pienso, que por mi mal á España vino,
quando á imaginar llego,
q la espuma del Mar produxo el fuego.

Salen Beatriz y Constanza.

Beat. Aquel Príncipe Extrangero,
que dicen que á nuestra tierra
viene huyendo de su hermano
(segun los vulgares cuentan)
de Don Lope acompañado,
piden, señora, licencia
para ver estos Jardines,
cuyas estancias amenas
tanto la fama acredita.

Blanc. Dí que entren muy norabuena,
y avisa á los Jardineros,
que suelten á toda priesa
las fuentes y surtidores,
para que lisonja sean
de Caballeros tan grandes,
pues á honrar su sitio llegan:
no te detengas, Beatriz.

Beat. Voy á hacer lo que me ordenas. *Vase.*

Blanc. Sin duda, que al papel mio
agradecido se muestra *ap.*
Don Lope, pues con achaque
de ver el Jardin, honesta
con el disfraz de curioso
lo oculto de su fineza.

Leon. Mi deseo le ha traido. *ap.*

Blanc. Parece que estás contenta,
Leonor: qué mal disimula
la alegría su belleza! *ap.*

Leon. Antes, Blanca, estoy sentida,
de que con Don Lope venga
el Príncipe; pues no puedo
mirarle sin que me vea.

Blanc. Ya están dentro del Jardin:
de estas ramas encubierta
puedes mirarle. *Leon.* Bien dices.

Blanc. De qué sirve esa cautela
conmigo, quando tú, mas
que verle, hablarle deseas?

Leon. Mi pasion has conocido;
mas supuesto que están cerca,
dime si tengo disculpa
en mi amor, y si sus prendas
son dignas de mi cuidado.

Blanc. El tiene gentil presencia,
pero fáltale aquel ayre
Español, que tanto aprecian
las Naciones. *Leon.* A Don Lope
ninguno hace competencia;
mas esto de inclinaciones,
procede de las estrellas:
venturosa tú, que sabès
que te adoran; y ay de aquella,
que sin poder declararse
ha de amar por influencia!

Const. Recorriendo los Jardines
los dos hácia aquí se acercan,
y con paso apresurado.

Blanc. Retirémonos apriesa
no se aventura el recato:
ven, Leonor.

Sale Don Lope, Roberto y Tristan.

Lope. Ingrato fuera,
divina Blanca, si á tantas
corteses correspondencias
no postrara el alvedrío
por víctima de la deuda,
á los apacibles rasgos
de estas fuentes lisonjeras,
y de aquellas que dan vida,
bordando flores por letras,
bebí las respiraciones,
debió el alivio mi pena;
ya vivo, ya de la calma
se serenó la tormenta;
pues veo de estos Jardines
una vez la entrada abierta.

Blanc. Por metáfora agradece *ap.*
mi papel. Vuestra nobleza,
señor Don Lope, y la gracia
que teneis del Rey, franquean
mayores dificultades,
que solo á la preeminencia
de vuestra sangre y valor,
las del recato se abrieran.

Lope. De mí vino apadrinado
Roberto, á ver la excelencia
de estos amenos Jardines,
y poca urbanidad fuera
de mi atencion recatarle
la ventura de que os vea.
Leon. Con tal padrino, es razon
que hablar á entrambas merezca.
Lope. Llegad, Roberto.
Rob. Conozco, *Llega.*
señoras, que no pudiera
mirar al Sol. Mas qué miro?
Cielos, la deydad no es esta
que en el paseo ví, quando
desembarqué? arda el etna
de mi amor en mi silencio:
qué haré? si diré mi pena:
válgame todo mi aliento.
Lope. Os turbais? *Rob.* Grosero fuera,
señor Don Lope, si al ver
un Jardin con dos estrellas,
una esfera con dos soles,
y un sol con dos primaveras,
no me turbara. *Blanc.* Habreis visto
otras mayores bellezas,
y cortesano quereis
lisonjearme. *Rob.* No quisiera
parecer necio en decir,
que todas son sombra vuestra.
Blanc. Sombra direis de mi prima
Doña Leonor. *Rob.* Es muy bella;
mas basta estar junto al sol,
para que parezca estrella.
Leon. No pienso, que se me inclina:
los ojos Blanca le lleva. *ap.*
Lope. Qué miro? Roberto en Blanca
la atencion de suerte emplea, *ap.*
que le debe la hermosura;
la visita ha sido necia,
y vive Dios, que me cansa:
mas la Nobleza Extrangera
estila estos agasajos,
y disimular es fuerza.
Leon. Y que de mí no haga caso! *ap.*
Lope. Quiero usar de la llaneza.
Leon. Digo, señor, que en la Corte
entrasteis con buena estrella.
Rob. Qué mayor, si he merecido
el estar en la presencia
de las mas hermosas luces?
Lope. Bien vuestra atencion se emplea,
si en Leonor poneis los ojos,
que es prima de Blanca. *Rob.* Apénas
me da lugar su hermosura
para que en otra divierta
la atencion.
Lope. Este hombre es necio.
Trist. Mas es. *Lope.* Qué mas?
Trist. Esa es buena:
no es necio, señor, sino
Caballo, segun se llega.
Blanc. Mucho porfia en mirarme. *ap.*
Leon. Aquí, Amor, de mi cautela. *ap.*
Lope. Supuesto, divina Blanca,
que aquesta es la vez primera,
que feliz piso este sitio,
centro de la Primavera,
no será razon cansaros.
Rob Qué presto las dichas cesan! *ap.*
Lope. A Dios. *Blanc.* A Dios.
Lope. No se aparta
quien en la memoria os lleva.
Rob. Quereisme oír vos, señora?
Leon. Ya, señor, os oygo atenta.
Rob. Decidle á Blanca, que voy
sin alma, y que si pudiera
hoy heredar á mi hermano,
fuera en Saxonia Duquesa.
Leon Harélo así: qué esto escuche! *ap.*
infeliz soy. *Rob.* Qué belleza!
Lope. De Roberto voy zeloso; *ap.*
qué mal hice en que la viera!
Blanc. Su discrecion, gala y brio,
mas á quererle me empeñan.
Trist. Cómo quedamos, Beatriz?
Beat. Tristan, como tú me quieras,
soy tuya. *Trist.* A tanto favor,
mis sentidos hagan fiestas,
ponga la alma luminarias,
corran toros mis potencias.
Vanse todos, y quedan Blanca y Leonor.
Blanc. Paréceme que has quedado
triste. *Leon.* No tengo razon,
si he visto con la aficion,
que Roberto te ha mirado?
de la visita he sacado,

pri-

prima, notables consuelos
para mis necios desvelos;
porque si en la fantasía
solamente amor tenia,
ya tengo amores y zelos.

Blanc. Leonor mia, si mi amor
Don Lope no mereciera,
segura estoy, que no hiciera
á un Extrangero favor:
en el Fidalgo mayor
del mundo estoy empleada,
ama y vive descuidada,
sin tener zelos de mí,
que desde que á Lope vi,
ya para mí todo es nada. *Vase.*

Leon. Notable desdicha ha sido,
que de Blanca se agradase
Roberto, y no me mirase,
mirándola divertido:
pero pues me han prevenido
para hacerme su tercera,
aunque mi gusto prefiera
á mi honor, viendo que muero,
sin que sepa que le quiero,
tengo de hacer, que me quiera.
Yo lo he de dar á entender
á Roberto, que es querido
de Blanca, y él persuadido
de este ardid, la ha de querer:
luego que le vea arder
por Blanca, yo en su lugar
mi cautela he de lograr,
que aunque sea indigna accion,
de una tan digna pasion
quién se ha podido librar?
No seré yo la primera,
que este arrojo haya intentado;
error es desesperado,
vil delito, accion severa:
conozco, que mejor fuera
el morir; mas qué ha de hacer
quien ha llegado á perder
alma y honor, vida y fama?
mucho mas hará quien ama,
olvidada de su ser. *Vase.*

Correse una cortina, y aparecen el Rey sentado, y el Condestable en pie.

Rey. Por mas que intento apartar
el pensamiento de aquel
lamentable, infausto, triste
suceso de Doña Ines,
mas, para tormento mio,
asesino mental es
la memoria, que me quita
la vida: ay perdido bien!

Cond. Ya vuestra Alteza ha cumplido
con quanto cupo en la ley
de amante y de poderoso:
ya coronó de Laurel
aquella muerta hermosura,
que asombro á los siglos fué,
fineza, que solo cupo
en Monarca Portugues:
ahora de esa tristeza
sepa triunfar tu altivez,
que aquí la mayor victoria
es el saberse vencer.

Rey. Oh si el dolor me dexara!
Condestable, no extrañeis
mi frenética locura,
pues á quantas partes veis
que miro, se me aparece
aquel elado clavel,
aquella difunta sombra,
y juzgando que ella es,
abrazo el viento, y me burla
el viento, porque mi fe,
fiada en la fantasía,
á qualquier zéfiro cree.

Cond. Olvidar es el remedio.

Rey. Dónde el olvido hallaré?

Cond. Señor, en la resistencia;
y de vuestra parte haced
por borrar esta memoria,
pues en ella estriba el bien
de Portugal. *Rey.* Bien decis:
haced que canten, por ver
si se templa mi pasion.

Cond. Ya lo dispuse, pues sé,
que la música divierte
á vuestra Alteza. *Rey.* Está bien:
sentaos aquí, Condestable.

Cond. Señor, si es por la vejez,
aun tiene aliento esta nieve
para serviros en pie
con una pica en campaña.

Rey.

Rey. Desusado favor es;
pero mi ayo habeis sido,
y gusto de que goceis
aquesta prerogativa.
Cond. Ya me toca obedecer. *Siéntase.*
Ola, cantad. *Rey.* Para un triste,
qué tarde llega el placer!
Música. Don Pedro, á quien los crueles
llaman sin razon cruel,
desde Coimbra á Alcobázas
cien mil hachas hizo arder.
Rey. El que compuso la letra
bien supo qué era querer,
que á no ser amante, no
me disculpara cortes.
Música. Todas arden, mas que todas
arde el corazon del Rey,
quanto va de amor á luces,
y de cera á querer bien.
Rey. Bien dice, que no se iguala
un arder al otro arder,
que la cera se consume,
y temporal llama es,
que sin materia no hay fuego;
pero un afecto fiel,
ardiendo sin consumirse,
hace eterno el padecer.
Música. El Sol desconoce el dia,
quando por la tierra vé
en la noche de los lutos
todo el firmamento á pie.
Rey. Nunca á deseos amantes
pudo igualar el poder;
porque si conforme fuera
su funeral á mi fe,
fabricara (á ser posible)
para colocar á Ines,
por túmulo todo el Orbe,
todo el Cielo por dosel.
Música. Los clarines y clamores
dan pésame y parabien
al vivo de su fineza,
y al cadáver de su fe.
Rey. Parad, y no canteis mas,
que enternecido otra vez *Levántase.*
con esa memoria el pecho
se abrasa volcan: tened,
villanos, la infame espada;
contra una flaca muger,
contra una inocente vida
ostentais vuestro poder?
oh rabia! oh furia! oh traidores!
ahora, ahora vereis::-
Empuña la espada.
Cond. Señor, señor. *Rey.* Condestable,
arrebatóme la sed
de una segunda venganza,
que me privó de mi ser,
pues imaginé que vía
al que mató á Doña Ines.
Salen Roberto, Don Lope y Tristan.
Rob. Deme, señor, vuestra Alteza
á besar su heroyca mano,
perdonándome el olvido,
de que no haya vuelto á daros
el justo agradecimiento
de tan generoso amparo.
Rey. Y cómo os va con Don Lope?
Rob. Para ponderar los raros
primores de su festejo
y hospedage cortesano,
fuera menester mi lengua
valerse de agenos labios.
Lope. Señor, si no fué Roberto
servido con aquel garvo,
que me encargó vuestra Alteza,
vuestra Alteza es el culpado,
pues fió de mi asistencia
los primores que no alcanzo.
Rey. Qué os parece de Lisboa?
Rob. Que es un asombro, un milagro
del Orbe en la pompa ilustre
de Damas y cortesanos.
Trist. Como de aquesas bellezas
llevan las aguas del Tajo.
Rob. Yo vi, señor, la mayor
hermosura, el mas extraño
compendio de perfecciones,
que pudo el pincel humano
dibujar. *Rey* Y conocisteis
el sugeto? *Rob.* Al agasajo
de Don Lope, debí el logro
de la ventura que aguardo,
pues la comienzo á servir.
Rey. Y en fin, la habeis visitado?
Rob. Si señor. *Rey.* Saber espero.

quien es la que alabais tanto.
Rod. Doña Blanca de Meneses
es á quien rinde mi aplauso
la adoracion. *Lope.* Oyes esto,
Tristan ? *Trist.* Oh qué lindos palos
merecia el tal Roberto !
esto ves y estás callando ?
Lope. No es tiempo ahora : un abismo
de furia en el pecho guardo.
Rob. Mi pecho á amarla se inclina.
Cond. Y no merece su mano
ménos sujeto ; que en sangre,
si no excede, iguala á quantos
se ilustra de iguales timbres.
Rey. De que estais bien empleado
tened por cierto que Blanca,
goza explendores tan altos
de calidad, que yo solo
soy mejor. *Cond.* A vuestros rayos
Blanca y yo, señor, debemos
ese explendor, que logramos.
Rey. Vamos Condestable. *Cond.* Temo,
que sobre este empeño vano,
entre Roberto y Don Lope
haya algun lance pesado. *Vanse.*
Detiene Don Lope á Roberto.
Lope. Aguardad, señor Roberto,
que os tengo de hablar de espacio:
vete, Tristan. *Trist.* Ya obedezco:
una gran desdicha aguardo,
porque mi amo es terrible;
yo me voy paso entre paso,
para avisar en secreto
á quien pueda remediarlo. *Vase.*
Rob. Decid, que atento os escucho.
Lope. Poco atento habeis andado
en decir al Rey, que amais
á Blanca. *Rob.* Desalumbrado
fué siempre un amante ciego.
Lope. Yo cumplo con avisaros,
que un competidor teneis,
que os ha de costar cuidado.
Rob. Del Rey abaxo ninguno
puede haber tan arrojado,
que se oponga á mis intentos.
Lope. El decirlo, no es lograrlo:
no pudiera ser que alguno
fuese de Blanca estimado,
y os declarase su amor ?
Rob. Por dificultoso lo hallo,
porque soy muy diferente.
Lope. Pues vive Dios, que hay Fidalgo,
que si el Sol mismo intentara,
geroglífico plumado,
vencer su altivez en vuelos,
que ultrajándole los rayos,
le hiciera retroceder
el curso, para que osado
rematase en escarmiento,
lo que comenzó en agravio.
Rob. Ya sé yo, señor Don Lope,
que es Cid cada Lusitano,
y por esa causa misma
aspiro á lo mas sagrado,
pues vano y presuntuoso,
os honro con imitaros.
Lope. Sabeis quién soy ?
Rob. No lo ignoro,
que el Rey no me hubiera dado
á ménos huésped, que á vos.
Lope. Pues si ya estais informado,
sabed, que á Blanca festejo.
Rob. Cómo, quando á verla entramos,
vuestro amor no me dixisteis?
Lope. Porque los hombres de garvo,
de la hermosura á quien sirven,
no dicen los agasajos:
ademas, que fuera ocioso,
porque habiéndoos yo llevado,
os tocaba el presumirlo.
Rob. Esos primores no alcanzo;
solo sé, que á Blanca adoro,
y al que quisiere estorbarlo,
le sabré quitar la vida.
Lope. Yo le arrancaré á pedazos
el corazon.
Empuñan las espadas, y salen el Rey y el Condestable.
Rey. Qué es aquesto ?
los aceros empuñados,
y sin color los semblantes ?
este injusto desacato
mi sufrimiento permite ?
Cómo en mi Real Palacio
se atreven cóleras locas
á delirios temerarios ?
no

no os enfrenó mi respeto?
Los dos. Señor::-
Rey. No hay que disculparos;
ya sé la ocasion, Roberto,
y que teneis culpa entrambos,
vos en querer alterar
el Reyno, de ayer llegado;
y Don Lope, en no avisarme,
que supiera remediarlo.
No soy yo Don Pedro, á quien
le dan de Cruel y Bravo
las Extrangeras Naciones
el nombre? No supe ayrado
arrancar por las espaldas
el corazon á un tirano?
Vive Dios, que el reportarme,
mas que cordura, es milagro.
Yo veo empuñar aceros,
y tengo el mio envaynado?
Rob. Si yo juzgara ofenderos::-
Lope. Si yo pensara enojaros::-
Rey. Bueno está. *Lope.* General vuestro
en Mar y Tierra me llamo;
y si habeis de ser Juez,
señor, y no Rey ayrado,
pues decís que habeis sabido
la ocasion, á suplicaros
me atrevo, que me escucheis.
Rey. Ya vuestra disculpa aguardo;
pero decidme primero
lo que os fuere preguntando:
Doña Blanca de Meneses,
que es solo lo que reparo,
quál de los dos favorece?
Rob. Mis favores no son tantos,
que pueda alabarme de ellos;
basta que me haya contado
su prima Leonor, que estoy
en su gracia. *Rey.* Quién ó quándo
os llevó á verla? *Rob.* Señor,
Don Lope recien llegado.
Rey. No teneis culpa en quererla;
pero habiéndoos avisado,
cómo es posible servirla,
sin hacer á Lope agravio?
La ley de amigo y de huésped,
no obliga á un noble? *Rob.* No hallo
disculpa; perdon le pido,
y á vos, señor, de enojaros.
Rey. Con eso templais mis iras:
y vos, Don Lope, en qué estado
teneis el amor de Blanca?
Lope. Ha que la sirvo seis años,
sin haberme hecho un favor:
mal dixe, pues me ha dexado *ap.*
servirla, sin que se ofenda.
Rey. Qué cortesano recato! *ap.*
Don Lope? *Lope.* Señor.
Rey. Yo quiero
hoy de mi mano casaros.
Lope. Soy venturoso, si hoy quedo
casado de vuestra mano.
Rey. Yo sé, que hoy habeis tenido
de Blanca un papel. *Lope.* Negarlo
no puedo. *Rey.* Y tambien sabeis
como su padre ha faltado,
y que para dicha vuestra
Blanca heredó sus Estados.
Lope. Sí, gran señor.
Rey. Pues, Don Lope,
ya estais con ella casado,
ya sois Conde de Udemira,
y yo á su dote os añado
de mi amistad el cariño.
Lope. Las estampas, que dexando
van vuestros pies, beso humilde.
Rey. Generoso Acuña, vamos,
que quiero ser el padrino:
y vos quedad avisado,
que Blanca quiere á Don Lope,
y que soy yo quien le caso.
Vanse el Rey y Don Lope.
Rob. Que Blanca quiere á Don Lope,
y que yo soy quien le caso?
Válgame el Cielo! qué he oído?
que mi ardimiento bizarro
ajado de aquesta suerte
haya el Rey? mas qué me espanto,
si Lope es vasallo suyo?
pero no por un vasallo
ha de ofender mi altivez.
Y pues Leonor me ha contado,
que vivo en gracia de Blanca,
yo en servirla á nadie agravio:
y así, á pesar de Don Lope,
del Rey y de sus Vasallos,

he de seguir este norte,
esta estrella que idolatro,
esta antorcha que me alumbra,
este fuego en que me abraso;
porque Portugal conozca,
porque sepan sus Fidalgos,
si hay Lusitanos valientes,
que es cada Aleman un rayo.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Don Lope y Tristan.

Trist. Solo quisiera saber
(ya ves, que curioso soy)
por qué madrugas tanto hoy?
Lope. No he visto al Rey desde ayer.
Trist. Recien casado un marido,
tiene disculpa bastante
para que no se levante.
Lope. Las pensiones de valido,
Tristan, y de los negocios,
que á mi cargo tengo ahora,
me dispiertan á la Aurora.
Trist. Bien hayan, amen, los ocios
de un pobre, qüe en mansion quieta
duerme del Alba la risa,
que aunque no tenga camisa,
tampoco escribe estafeta.
Lope. Locas imaginaciones, *ap.*
hijas de nobles rezelos,
pocas sois para ser zelos,
y muchas para ilusiones.
Trist. Perdóname la llaneza,
si es que no te has de enojar,
de atreverme á preguntar
la causa de tu tristeza.
Qué desazon ó qué enfado,
tras de tantas alegrias
debidas, y de tantos dias
de regocijo, te ha dado?
Tanta fiesta y tanto adorno
de galas y de torneo,
tanto amoroso trofeo
pudo parar en bochorno?
Qüé tienes, que suspendido,
triste, arqueando las cejas,
contigo á solas te quejas,
como tahur que ha perdido?
Lope. Qué mal la melancolía *ap.*
disimulo en el semblante,
pues este, siendo ignorante,
conoce la pena mia!
Mi achaque, Tristan, consiste
en mala disposicion:
presumes otra razon,
porque pueda yo estar triste?
Trist. No, mas sospecho, señor,
que te tendrá desvelado
ese Roberto, que ha dado
en festejar á Leonor.
Lope. A Leonor? *Trist.* Pues dime, á quién
podia solicitar
en tan sagrado lugar?
Lope. Tristan, tú dices muy bien:
ya Leonor se irá á su casa,
y con eso cesará
el cuidado que me dá.
Mas ay de mí! que se abrasa *ap.*
el pecho en ansias mortales,
por lo que sospecho y ví;
mas callar me importa aquí:
sean mis dudas fiscales
del exámen mas atento,
para que prudente y sabio,
ántes que se queje el labio,
sea alivio el escarmiento.
Fingir yo que me ausentaba,
quedándome ocultamente
en Lisboa, era el mejor
medio, con que fácilmente
podia desengañarme
de estas sospechas, que tienen
confundido mi discurso:
hacer esto me conviene;
esto ha de ser por ahora,
porque mis dudas se templen.
Quedate aquí, que entrar quiero
á ver al Rey: mas él viene.

Sale el Rey.

Trist. Respeto y temor infunde.
Lope. Señor, vuestra Alteza déme
su mano. *Rey.* Qué es esto, Conde?
vos todo un dia sin verme?
mi amor merece este olvido?
Permitidme, que se queje

mi amistad, pues siendo vos
quien sobre sus hombros tiene
el peso de mi Corona,
y de quien todo depende,
me olvidais. *Lope.* Señor, señor,
mi esclavitud no merece
tan soberanos favores;
no me trateis de esa suerte,
subiendo un humilde tronco
á divinas altiveces;
ó juzgaré que declina
mi fortuna, porque suele,
en llegando á la mayor
altura, el blandon celeste
volver á entibiar sus rayos,
templando los accidentes.
La amistad cabe en iguales
sugetos, no en pequeñeces
de mi distante fortuna.
Rey. Pues no son hombres los Reyes?
no les influyen los Astros
simpatías diferentes
como á los demas? *Lope.* Es cierto.
Rey. Luego su influxo bien puede
en el señor y el vasallo
partir iguales poderes.
Lope. Siendo eso así, ya me puedo
asegurar felizmente,
que perdonareis mi olvido;
pues fué, señor, si se advierte
culpa de recien casado.
Rey. El amor todo lo vence.
Hoy tuve aviso, Don Lope,
como el Moro osadamente,
con Exército copioso,
por los Algarbes pretende
entrar á fuego y á sangre,
para cuyo efecto tiene
sitiado á Castromarin,
la mas importante y fuerte
Plaza de aquesta Corona,
y socorrerla conviene
con brevedad. *Lope.* Pues, señor,
si mis servicios merecen,
que me concedais la dicha
de iros á servir en ese
marcial empleo, sería
de nuevo favorecerme;
demas, que por General
vuestro, este honor se me debe,
pues ya los roxos turbantes
de tanta Africana hueste,
en las campañas de Tanger
probaron de mis arneses
los sangrientos filos, quando
el de Marruecos valiente
intentó de aquella Plaza
obscurecer los laureles.
Rey. Estais muy recien casado,
y no quiero que se queje
Blanca de mí. *Lope.* Es agraviarme,
señor, el pensar que puede
el amor mas excesivo
vencer el que os tuve siempre.
Rey. Lograd ahora, Don Lope,
las posesiones alegres
de vuestro amor, que despuess::-
Lope. Qué es despues, señor? es este
el valimiento, el cariño,
que vuestra Alteza me tiene?
así mis finezas paga?
el deslucirme es quererme?
Rey. No haya mas, lo que me pides
mi voluntad os concede.
Lope. Bien es, que á daros las gracias
mi agradecimiento llegue.
Rey. Prevenid vuestra jornada,
porque estos socorros quieren
prontitud. *Lope.* Señor, en ella
consiste la buena suerte.
Rey. Entrad, y ántes que partais,
mirad aquellos papeles,
que tengo allí decretados.
Lope. Ya mi humildad obedece. *Vase.*
Rey. No os vais vos.
Trist. Qué puede quererme? *ap.*
Rey. Servís á Don Lope? *Trist.* Sí,
mas ántes que le sirviese,
serví á vuestra Alteza yo.
Rey. A mí vos? *Trist.* Es evidente,
pues fuí en Africa Soldado,
á donde mostré valiente
mis bríos, por cuya causa
Don Lope me favorece.
Rey. Y qué servicios hicisteis?
Trist. Matar á un Leon rugiente
cuer-

cuerpo á cuerpo en la campaña.
Rey. Leon vos? *Trist.* Mataré veinte,
si se me ponen delante.
Rey. De qué suerte? *Trist.* De esta suerte:
Viénese el Leon á mí,
y al tiempo que me acomete,
póngole un broquel delante,
y como las garras fuertes
del bruto el broquel penetran,
yo entónces mañosamente
con un martillo le voy
remachando las crueles
uñas por de dentro, y queda
atado para ofenderme.
Le tiro al punto una punta
por las fauces velozmente,
é incontinente le mato;
con que para mí á ser viene
lo mismo echarme Leones,
que gazapos. *Rey.* Sois valiente,
y gastais famoso humor,
con razon Don Lope os quiere.
Trist. Somos grandes camaradas;
no hay secreto que reserve
á mi lealtad. *Rey.* Bien está:
qué es lo que Don Lope tiene
de unos dias á esta parte,
que imaginativo siempre
le veo triste y confuso?
Trist. Anda al uso.
Rey. Qué uso es este?
Trist. De ordinario los Vasallos
imitar á su Rey suelen
en las costumbres y modos:
si en los libros se entretiene,
todos al instante juntan
librerías diferentes.
Si gusta de los caballos,
todos caballos pretenden.
Si de perros, todos andan
anhelando por lebreles.
Si de bayles, todos baylan.
Dicen, que en Indias hay gente,
que porque á un Cacique vieron
sin un diente, incontinente
todos desde entónces dieron
luego en sacarse otro diente.
Y así, como vuestra Alteza,
desde aquella infeliz muerte
de la Reyna, anda tan triste,
Don Lope imitarle quiere;
que es tanta la imitacion
de todos los Portugueses,
que porque amó vuestra Alteza
á una Ines, ya todos quieren
á las Ineses, no mas
porque se llaman Ineses.
Rey. No, la tristeza de Lope
de otro motivo procede:
no me niegues la verdad.
Trist. Quién negársela al Rey puede?
pero no sé si lo diga.
Rey. Prosigue y nada rezeles,
y atiende que hablas conmigo.
Trist. No sé que rezelos tiene
de este Roberto, que ha dado
en mirar osadamente
á los balcones de Blanca.
Rey. La solicita? *Trist.* Eso debe
de ser. *Rey.* Y lo sabe Lope?
Trist. Pues si el otro lo supiese:
qué es saberlo? imaginarlo,
le hubiera dado la muerte.
Rey. Y tú lo sabes? *Trist.* Tampoco:
lo sospecho solamente,
y que no es el Sol tan puro
como su hermosura. *Rey.* Vete,
y no te halle aquí Don Lope,
y aqueste secreto quede
entre los dos. *Trist.* Yo prometo
de callar eternamente. *Vase.*
Rey. Esta natural braveza
con que nací, aqueste fuerte
rencor que tengo á lo infuso,
me induce á venganzas siempre:
vive Dios, que si es verdad,
que este Roberto se atreve
á solicitar á Blanca
contra las humanas leyes,
habiendo yo intervenido
en que esta pretension dexe,
que le he de quitar la vida
yo mismo; que esto me deben
las lealtades de Don Lope,
y me toca el defenderle:
mal hago en esta ocasion
de

de permitir, que se ausente,
dexando en riesgo su honor.
Pero si él al mio atiendo,
vigilante centinela
guardaré el suyo de suerte,
que en su casa no haga falta
el tiempo que me sirviere.

Sale Don Lope.

Lope. Ya, señor, vi las consultas,
y lo que en ellas resuelve
vuestra Alteza: ahora falta,
que me dé, como otras veces,
licencia para partirme.

Rey. Don Lope, á mí me parece
que fuera mas acertado,
que el Condestable emprendiese
esta jornada y no vos.
Lo primero, porque siente
vuestra ausencia mi cariño,
y mas quiero que se arriesgue
un trofeo, que un amigo.
Lo segundo es, porque tiene
mi piedad lástima á Blanca;
y en fin, de qualquiera suerte
haceis falta en vuestra casa.

Lope. Válgame el Cielo mil veces! *ap.*
qué escucho? callar me importa.
Nada á mi Rey se prefiere;
no hay Blanca aquí sino vos,
que el honor y los laureles
de vuestras armas, me están
llamando gloriosamente
á desempeños heroycos
contra el Africano aleve.

Rey. Pues quereis dexar por mí
domésticos intereses,
descansos, que el ocio blando
de recien casado ofrece;
tambien miraré por vos
mejor que vos: id alegre
á disponer el viage,
y volved despues á verme. *Vase.*

Lope. Confusas obscuridades,
imaginadas preñeces
de dudas que no exâmino,
de asombros, que me suspenden,
qué es esto que por mí pasa?
quando unas sospechas vencen
mi discurso, quando un solo
indicio, un amago leve
de zelos me atemoriza,
me turba, embaraza y prende;
quando ignorando quien sea,
sin firma un papel me advierte,
que tengo un grande enemigo,
que solicita ofenderme:
me dice el Rey, para mas
confusion, que no me ausente,
y que en mi casa hago falta?
esto algun misterio tiene.
Si sabrá el Rey ya mis zelos?
sí los sabe; es evidente,
que es ya público mi agravio.
Ay pensamientos crueles!
Por qué de imaginaciones
sufrís, que llamas recuerde?
Todo el peso de mis dudas
consiste, en que solamente
hallé una noche en mi casa
á un hombre, á quien obscurecen
rebozos que le disfrazan,
y al querer yo conocerle,
por un balcon se me arroja,
dexando impensadamente
con la turbacion, caer
de Blanca un retrato breve,
que por la cuenta, en la mano
tenia, para que ardiesen
en la llama del agravio
mis rezelos evidentes.
Rezelos dixe? mal dixe,
zelos son: oh qué impaciente
linage de tiranía!
qué bien, alma de la muerte
le compararon los Sabios!
La similitud alegre
del original que adoro,
en quien se retrata el Fenix
de Blanca, en agena mano
pudo estar? quién fué el aleve,
que le hizo para mi afrenta
tirano de agenos bienes?
Cielos, en Blanca han cabido
tan cautelosos dobleces,
y la ligereza fácil
de permitirse á pinceles

en Blanca? pero qué digo?
mienten mis sospechas, mienten
mis zelos, y tambien yo
miento, si lo presumiere,
que es mi esposa, y del Sol nunca
tenebrosos accidentes
alteran sus resplandores.
Pero no es muger? no puede
ser, que alguna fantasía,
algun pensamiento leve
profanase el sacro templo
del honor que se sostiene
en tan frágiles cimientos,
que á un leve soplo, á una leve
respiracion titubean
sus columnas permanentes?
Pero asentado primero,
que se halle Blanca inocente,
quién será aqueste enemigo,
que solicita ofenderme?
Yo sospecho, que es Roberto,
y que cautelósamente
con festejar á Leonor,
disimular su amor quiere.
Pues muera: mas qué pronuncio?
no puede ser que otro intente
agraviarme, y no Roberto,
que á ampararse del Rey viene?
todo cabe en lo posible.
Pero porque no me quede
escrúpulo en la venganza,
que tomar mi honor pretende,
supuesto que el Rey me manda,
que me parta diligente
á las fronteras del Moro,
y que es fuerza obedecerle,
dando á entender que me parto,
me quedaré ocultamente
en Lisboa algunos dias,
y en las mudas lobregueces
de la noche, seré lince,
que registre, que penetre
el homenage sagrado
de mi casa, las paredes
del alcázar de mi honor:
y si profanado viere
de ella tan solo un resquicio,
sus altivos chapiteles
serán abrasada Troya,
serán bolcanes ardientes,
serán polvo, serán humo,
cuyas cenizas rebeldes,
de la infamia señas viles,
de mi agravio caracteres,
serán para mí dos mudos,
que mis venganzas acuerden. *Vase*

Salen Doña Blanca, Doña Leonor, Beatriz y Constanza.

Blanca. Esto ha de ser, Leonor mia,
sea razon ó violencia.
Leon. Que en fin quieres que yo viva
de tí apartada, y que sea
tu sosiego mi retiro,
y tu descanso mi ausencia?
Que en fin, prima, de tu casa
quieres que salga? qué ofensa
te ocasiona mi cariño?
Quién pensara, quién creyera
(ay Blanca!) que la amistad
de tantos años, pudiera
por tan pequeña ocasion
acabarse? *Blanc.* No es pequeña,
y mas quando por tu causa
aventuro la mas bella
prenda del alma, el decoro,
el respeto y la decencia,
que peligra equivocada,
si está á dos visos expuesta.
Si Roberto tu hermosura
fino amante galantea,
y si tú de agradecida
le correspondes discreta,
no en desdoro de mi fama
se interponga su fineza,
que pensará quien le viere
dar músicas, hacer fiestas,
rondar de noche mi calle,
mirar atento mis rejas,
que de pasadas memorias
vuelve á repetir llanezas,
y en mí viene á ser ultraje,
lo que en tí no es indecencia.
Y aunque á mí nunca Don Lope
me ha hablado de esta materia,
reconozco en su semblante
una tan rara extrañeza,

un desagrado, un enojo,
una desazon tan fiera,
que de su amor olvidado,
de sí mismo no se acuerda.
Beat. Y anda tan embebecido,
que ayer (esto no es quimera)
le entré un recado, diciendo,
que su pariente Don César
en la Lonja le esperaba;
y respondió con gran priesa:
Lonja dixiste, Beatriz?
ásala y comamos de ella.
Blanca. En Don Lope estas señales,
sin duda, que son sospechas
de alguna ilusion que ignoro,
y mi atencion no penetra.
Tú con vivir apartada
me excusarás de esta pena,
dando con este desvío
á mis inquietudes treguas.
Y supuesto que tu casa
está en las espaldas de esta,
aunque en diferente calle,
bien sabes que tiene puerta,
que corresponde á la mia;
por ella, Leonor, por ella
me podrás ver si gustares,
sin que ninguno lo entienda;
que no se apartan dos almas,
quando es la amistad estrecha.
Leon. Estoy por no responder, *ap.*
porque si Blanca supiera
mis cautelosos ardides,
no solo me aborreciera,
sino que de mí tomara
una venganza sangrienta;
pero quándo una pasion
imposibles no atropella?
Supuesto, Blanca, que ayrada
por una vana sospecha
me apartas de tu cariño,
y el mio ingrata desprecias,
yo me iré; pero será
mi retiro de manera,
que ni tú ni el Sol ni el mundo
jamas el rostro me vean,
que no hay amistad á donde
la desconfianza empieza:
ven, Constanza. *Const.* Ya te sigo:
Beatriz mia, á Dios te queda. *Vanse.*
Blanc. Parece que va enojada.
Beat. Es preciso que lo sienta,
que ella y su criada son
grandísimas embusteras:
escucha aparte y verás
como te cuento bellezas.
Hablan las dos aparte, y salen el Condestable, Don Lope y Tristan.
Lope. Con esta priesa me envia,
Condestable, el Rey; es fuerza,
que por la posta me parta.
Cond. Sobrino, en ofensa fuera
de vuestros grandes servicios
no entregaros esta empresa
el Rey, quando vuestro brazo
su crédito desempeña.
Lope. Aquí está Blanca mi esposa;
decidle por vida vuestra,
Condestable, mi partida,
que yo no me atrevo: ha pena! *ap.*
qué en esta hermosura pudo
caber traicion! *Cond.* Norabuena.
Blanc. Bien hice en desengañarla.
Cond. Sobrina? *Blanc.* Señor?
Cond. Las nuevas
dicen, que han de ser sangrías
á pausas, porque es prudencia
no sacar toda la sangre
de un golpe. *Blanc.* La de mis venas
se elaría sin Don Lope,
pero con él no hay que tema.
Cond. Pues sabed, que el Rey le envia
del Africa á las fronteras,
al opósito del Moro,
que entra abrasando la tierra
de los Algarbes, y ya
por la posta en su defensa
esta tarde ha de partirse.
Blanc. Tú te retiras? no llegas?
qué es esto, dueño adorado?
tú te vales de otra lengua
para explicar tu cuidado,
para decirme tu ausencia?
Cond. Don Lope, llegad: los dos
allá os habed con las quejas
amorosas, que entre amantes

es ignorante el que tercia. *Vase.*
Lope. Por no enternecerme, Blanca,
le permití, que te diera
la noticia el Condestable
de aquesta precisa ausencia,
por ver, qué impresion hacia
en tu semblante esta nueva:
pero ya que reconozco,
que ni te turba ni altera,
mas ántes juzgo, que estás
de la despedida nuestra
gustosa, dame los brazos.
Blanc. Esposo::- *Lope.* No me detengas,
fingiendo tiernos halagos,
que es añadir pena á pena:
á Dios, á Dios. *Blanc.* Dueño mio,
teneos un instante, y sea
rémora mi voz, que os pare
en medio de la violencia,
para que á desatenciones
se opongan industrias cuerdas.
Sin duda, que habeis perdido
con el seso la prudencia,
ó mal hallado en las dichas,
solicitais que se pierdan.
De quándo acá mis acciones
os dan motivo ó licencia
á palabras misteriosas,
que á mi respeto se atrevan?
Qué halagos fingidos son
los que decís, que no encuentra
todo mi exámen la causa
de vuestra impensada queja?
Hablad, por qué enmudeceis?
qué obscuridades son esas?
qué oculto enigma os obliga
á demostracion tan nueva?
Todo aquel festivo aplauso
de tanta amante fineza,
tan de improviso ha llegado?
Qué sombra ó qué nube densa,
desusada se interpuso,
confusamente violenta,
que de mi casto honor puro
hizo eclipsar las estrellas?
Si alguna ilusion, algunas
fantásticas apariencias,
en desayre de mi honor
os turban ó desalientan,
referidlas, ó matadme,
porque es muerte mas sangrienta
dexarme viva en la duda,
que morir en la evidencia.
Romped, señor, las prisiones
del silencio, y no parezca
piedad vuestro sufrimiento,
quando es verdad mi inocencia.
Alzad la voz, sepa el mundo
vuestro agravio y mi defensa,
porque calladas injurias
suelen confiar sospechas:
ó vive Dios, que yo misma
(siendo imitacion de aquella
Romana heroyca) aplicando
al corazon la sangrienta
daga que ceñís, me mate,
condenándome á la pena,
porque si hay vida que agravia,
haya muerte que defienda.
Lope. El asegurarla importa, *ap.*
porque el uso nos enseña,
que es el corazon humano
un abismo de cautelas.
Ver y creer es el mayor
desengaño: no se venzan
de sus palabras mis zelos,
hasta apurar la evidencia.
Blanca, mucho tu hermosura
ha debido á mi paciencia,
y mas te sufro de amante,
de lo que esposo debiera.
Decirte que son fingidos
tus halagos y finezas,
es que tengo de mí mismo
desconfianza, y no creas,
que pueda haber fantasía,
discurso, ilusion, idea,
que no resulte en aplauso
de tu atencion y belleza.
Mis zelos, mis desazones,
mis desvíos, mis tristezas
se originan de otra causa
superior; no son de aquellas,
que con venganza se lavan,
y con castigos se enmiendan.
Qué es pensar de tí? los hombr-
Blan-

Blanca, como yo, no piensan;
porque al que osado intentase
contra mi honor una seña
de agravio, una leve sombra,
un amago, una sospecha,
un indicio, una vislumbre,
una presuncion pequeña,
el corazon le arrancara,
y de mi furia en la hoguera,
en el volcan de mis iras,
de mi enojo en la sedienta
venganza, le aniquilara,
y en trozos le dividiera,
para que en polvo, en ceniza,
en fuego, en humo, en pavesa,
aun no quedasen señales
de su traicion lisonjera,
de su infame alevosía.
Y así::- mas qué he dicho? vuelva
á cobrarse mi delirio:
Jesus, y que inadvertencia!
Blanca, esposa, dueño mio,
perdóname que la lengua,
arrebatada en afectos,
de imaginaciones necias
se dexó llevar; no estuve
en mí, ciego anduve: llega
de nuevo á enlazar mis brazos.
Blanc. Templaré en ellos mi pena.
Lope. Como tú vivas pagada
de mi amor, nada me inquieta.
Blanc. Como tú vayas seguro
en mi fe, todo me alienta.
Lope Será preciso hoy partirme.
Blanc. Y preciso que yo muera:
quisiera no ser muger,
dueño mio, en esta empresa,
porque á tu lado llevaras
todo mi amor en defensa.
Lope. Ya llevo una copia tuya.
Blanc. Dónde?
Lope. En la memoria impresa,
que es la que mas guerra me hace.
Blanc. Paz me ha de ser esta guerra,
porque esperando victorias,
sabré tolerar ausencias.
Lope. Tú lloras?
Blanc. Esto no es llanto,
sino unas señales tiernas
de las lágrimas que encubro,
porque no me anegue en ellas,
pues mas son las detenidas,
que las que mis ojos muestran.
Lope. A Dios, Blanca.
Blanc. A Dios, bien mio.
Lope. Yo estoy sin mí.
Blanc. Yo voy muerta. *Vanse.*
Beat. Qué dices de esto?
Trist. Digo, que quien tiene honesta
muger, y zelos la pide,
que era bien que se los diera.
Beat. Ya cesará la ocasion
de tanto miedo y quimera,
pues Leonor se fué á su casa,
y mi señora ama y ella,
sin embargo concertaron,
que pues hay en medio puerta,
se vean de quando en quando.
Y pues ya los zelos cesan,
dime, qué Algarbes son estos,
ó qué guerra, á que te llevan
mis desdichas? *Trist.* Tú me lloras?
no seas pataratera.
Beat. No he de llorar, si te matan?
Trist. No hayas miedo que tal sea,
que como está concertado
el casarnos á la vuelta,
para tal desdicha mia,
querrá Dios que vida tenga.
Beat. Y podré vivir segura
de tu amor en esta ausencia?
ya sabes que soy zelosa.
Trist. Solo de un modo pudiera
asegurar yo tus zelos.
Beatr. Pues dime, de qué manera?
Trist. Descasándome contigo,
ántes que fuese á la guerra.
Beat. Pues ese es remedio?
Trist. Escucha,
para que mejor lo entiendas:
Hay en los Campos de Tánger
unos Moros, Beatriz bella,
que se llaman Meloneses.
Beat. Y dime, porque lo sepa,
qué son Moros Meloneses?
Trist. Los que los melones siembran:

estos tales son tan raros,
que aquella noche primera
que se casan, á las novias,
ya que desnudas se acuestan,
en vez de dulces amores,
azotan con unas riendas.
Y preguntando la causa
un cautivo de mi tierra,
le dixo un Moro: Christiano,
esto se hace para muestra
de amor y seguridad,
porque la muger no tenga
zelos jamas del marido;
porque si con tal fiereza
tratan las que mas adoran,
qué harán con las demas hembras?
Con esto las aseguran
de toda vana sospecha,
rubricando á las espaldas
esta carta de creencia.
Beat. Malditos sean los Moros
y las Moras que se emplean
en esos bárbaros perros.
A mí azotes y con riendas!
no me casara en mi vida,
á ser Mora, y me anduviera
Cimarrona por los montes;
como en las Indias las negras,
quando se van de sus amos:
mal año, quién tal sufriera!
despojadas y azotadas,
y desnudas las desuellan?
Trist. Pues tú no ves que es costumbre,
y que lo hacen por fineza?
Beat. Si así hacen con las mugeres,
qué dexan para las suegras?
Trist. Las van pasando á cuchillo.
Beat. Tristan, con esa receta
busque otra, y de mí no trate.
Trist. No pensé que lo sintieras:
Beatriz, si nos desposamos,
serán los brazos las riendas,
porque::-
Beat. Tente, no lo digas.
Trist. Aguarda. *Beat.* Mal año.
Trist. Espera.
Beat. Tristan, no es mejor ginete
el que castiga la yegua.
Trist. Pues quién? *Beat.* El que la regala,
y solo en sus piensos piensa.
Trist. La Beatricilla es un rayo,
y pica como pimienta. *Vanse.*
Salen Constanza y Leonor.
Const. Ya estás en tu casa. *Leon.* Ahora,
que estoy, Constanza, en mi casa,
viviré sin los estorbos,
que tanto me embarazaban.
Const. Corrige tus desatinos,
señora, y no temeraria
te arrojes á tan indigna
accion. *Leon.* No me digas nada;
no soy yo quien eso emprende,
sino una pasion tirana,
que sin poder resistirla,
el discurso me avasalla.
Const. En muger ninguna he visto
liviandad tan desusada;
yo me matara á mí misma
primero: una accion tan baxa
ha de emprender la que es noble?
contra la razon humana
de muger son tus caprichos.
Leon. Yo no puedo mas, Constanza:
si sabes que desde el dia
que hizo Roberto su entrada,
por simpatía de estrellas,
le rendí constante el alma,
y que haciéndome tercera
de su amor, finjo que Blanca
le quiere y le corresponde,
y aliento sus esperanzas
falsamente con papeles.
Const. Y le entregaste con maña
de Blanca un retrato. *Leon.* Sí,
con fin de lograr mis ansias:
pero si lo sabes, cómo,
mas que nunca, ahora extrañas
mi amoroso precipicio?
Const. Pues porque ahora le llamas
á la posesion, yo temo,
señora, una gran desgracia.
Leon. Hoy le avisé, que viniese
esta noche á ver á Blanca,
y por la puerta que sale
desde esta mia á su casa,
me pasaré, sin que nadie

me

me vea, porque las pardas
sombras mi osadía encubran.
Const. Tu resolucion me espanta.
Y si Roberto conoce,
que tu cautela le engaña?
Leon. No hará, que en tal ocasion
el amor ciega á quien ama.
Const. Yo no quiero replicarte;
pero, señora, repara,
que de Blanca y de Don Lope
el sagrado honor infamas.
Leon. Pues dado que se supiera,
qué piensas tú que importaba?
mi despecho no se funda
solo en amorosas ansias,
pues conseguido mi intento,
contaré el suceso á Blanca,
ella á Don Lope, y Don Lope
al Rey, que es recto, y con saña
me casará con Roberto,
por tan legítima causa,
sabiendo que me es deudor
de la opinion y la fama.
Y si el de Saxonia queda
sin hijos, es cosa clara
que hereda Roberto, y puedo
(si la industria no me engaña)
ser Duquesa de Saxonia,
que es á lo que aspira el alma.
Const. Duquesa? Jesus mil veces, *ap.*
qué imaginacion tan vana!
loca que tal imagina,
mejor estuviera atada.
Leon. Perderme ó ganarme espero.
Const. Mira, que tu ser ultrajas.
Leon. No sé que violencia es esta,
que la resisto y me arrastra.
Const. Señora::- *Leon.* No me aconsejes,
que ningun riesgo acobarda
mi pasion, pues nada teme
una muger arrestada. *Vanse.*

Salen el Principe Roberto con un papel, y Ricardo su criado.

Rob. Hasta ahora tenia mi esperanza,
Ricardo, puesta en duda.
Ric. Todo el tiempo lo muda.
Rob. La porfia en amor todo lo alcanza.
Ric. Admirado me tiene tu suerte venturosa
por la fama y virtud de Blanca hermosa.
Rob. Yo nunca hablé con Bláca en mis amores,
solo Leonor ha sido
de quien he recibido
tan altas esperanzas y favores:
de Leonor, prima suya, es de quien fia
Blanca su amor, rendida á su porfia.
Ric. Pues en Leonor no habrá égaño ninguno.
Rob. Ni yo le he dado alguno,
que me pueda servir de desengaño
para qualquier daño:
todo nace de Blanca agradecida:
tan mal resiste una muger querida!
quiero ver otra vez lo que me escribe.

Lee *Don Lope se embarca esta tarde, y queda seguro el campo: á las once os aguardo, que la casa se recoge temprano, y Leonor ya se fué á la suya.*

Repres. En los siguientes renglones
me aconseja que me guarde,
y que de este amor oculto
no diga el secreto á nadie.
Y pues su manto la noche
va descogiendo á los ayres,
y para que duerma el Sol
los llena de obscuridades,
vámonos muy poco á poco
acercando hácia su calle.
Ric. Y á fe, que no es corto el trecho.
Rob. Con las Damas que pasaren
iremos entreteniendo
el tiempo. *Ric.* Es cosa notable
de este Lugar el concurso.
Rob Ven, Ricardo, cada instante
se me hace un siglo entero:
hoy tendrán fin mis pesares:
qué largas que son las horas
en el relox de un amante! *Vanse.*

Sale el Condestable.

Cond. En las palabras que oí
á Don Lope al ausentarse,
no sé qué zelosas dudas
reconocí en su semblante,
que me han puesto en confusion,
y á registrar los umbrales
de su casa vengo ahora,
mas que nunca vigilante.
Y aunque en Blanca mi sobrina

se están compitiendo iguales
la virtud con la hermosura,
hay muchos necios amantes,
que á pesar de lo que adoran,
de su amor hacen alarde,
y del recato mas noble
suelen turbar los esmaltes.

Salen á un lado el Rey y Nuño de Almeyda embozados.

Rey. Solo he de quedarme, vete.
Nuño. Pienso que hay gente en la calle.
Rey. Ya te he dicho que te vayas,
de qué sirve replicarme?
Nuño. Has de quedar solo aquí?
Rey. Nunca un Rey puede quedarse
solo, Don Nuño de Almeyda;
en el valor y el corage
yo soy muchos Reyes juntos,
y cada Rey tiene un Angel.
Nuño. Aguardarte aquí quisiera.
Rey. Vete, Nuño, y no me aguardes.
Nuño. Ya me voy. *Vase.*
Rey. Gente hay aquí:
quién vá? *Cond.* Un hombre.
Rey. En esta calle
no hay mas hombre que yo.
Cond. Y yo,
que de todas pienso echarle.
Rey. Traes muchos camaradas,
que las espaldas te guarden?
Cond. Sí traygo, que mi valor
solo aquí por muchos vale.
Rey. Pues ahora lo veremos.
Cond. Sí vereis. *Rey.* La espada saque.
Cond. Señor, vuestra Alteza aquí?
Rey. Quién eres? *Cond* El Condestable.
Rey. Pues en qué me conociste?
Cond. No tanto en la voz y el talle,
como en el sacar la espada,
pues la postura y buen ayre
debeis al primer Maestro,
que es el que teneis delante.
Rey. Qué haceis aquí?
Cond. Vine á ver
á mi sobrina. *Rey.* Tratadme
verdad, que no se entra en casa
de mugeres principales
á visitar con broqueles,
sino en las que son vulgares.
Cond. Vine á ver, señor, si andaban
por esta calle galanes
en ausencia de Don Lope.
Rey. Fué zelo de vuestra sangre,
y de Don Lope son zelos.
Cond. Zelo, y no zelos me traen,
que como Blanca es hermosa,
hay algun necio ignorante,
que eclipsar su honor pretende.
Rey. Quién, por mi vida? nombradle.
Cond. Roberto, hermano del Duque
de Saxonia. *Rey.* Aquesta tarde
tuve cartas de su hermano,
con mil desengaños tales,
que por el menor me dice,
que de Roberto me guarde,
porque no es hombre seguro;
mañana haré despacharle,
y saldrá de Portugal:
idos á acostar, que es tarde,
que yo guardaré estas puertas.
Cond. Permitid que os acompañe.
Rey. Id con Dios.
Cond. Señor::- *Rey.* Basta,
no me enojeis, Condestable.
Cond. No era sin razon la pena, *ap.*
que tenia de ausentarse
Don Lope: el Rey sirve á Blanca,
y enviarle á los Algarbes
no ha sido sin gran motivo:
ha Cielos! quiero dexarle,
que no tiene condicion
para que se atreva nadie
á contradecir su gusto.
Rey. Condestable, Condestable.
Cond. Señor?
Rey. Mormurais, por dicha,
que yo guarde aquesta calle?
vais zeloso? *Cond.* Yo, señor,
no seré tan ignorante,
que de quien es Sol, que alumbra,
presumiese aquese ultraje.
Rey. Id con Dios.
Cond. Guardeos el Cielo. *Vase.*
Rey. Cosa que este imaginase,
que soy hombre, aunque soy Rey;
pero aquí no veo á nadie,

to-

todo está en mudo silencio

Salen Roberto y Ricardo de noche.

Rob. Vete, Ricardo, y no aguardes,
porque no entienda, que alguno
nuestro amor secreto sabe.

Ric. Bien dices, que no hay peligro. *Vase.*

Rob. No sé si espere ó si llame.

Rey. Pero allí diviso un hombre,
veré el intento que trae,
para despues conocerle.

Rob. Un bulto miro distante,
si es hombre ó sombra veré;
mas no, que la puerta abre.

Sale Doña Leonor á una puerta, que habrá á un lado.

Leon. Entrando en casa de Blanca,
con la prevenida llave
he abierto el postigo: Cielos,
qué temores me combaten!
allí está un hombre: Roberto?

Rob. Hermosa Blanca, tú sales
á abrirme? *Leon.* No hables palabra,
entra y sígueme. *Rob.* Pues hable
Amor por mí. *Leon.* En el Jardin
podrás mas de espacio hablarme.

Vanse los dos y cierran.

Rey. Válgame el Cielo, qué he visto?
esto pudo imaginarse
de Blanca? esto de Roberto?
En muger tan noble cabe
este libre desahogo,
esta alevosía infame,
este injusto atrevimiento?
tibio andube en el exámen,
pues no le atajé los pasos
ántes de entrar, y en su sangre
no lavé la injusta ofensa,
que á tan leal Vasallo hace;
pero quién juzgar pudiera,
que un tan impensado lance
pasase tan de improviso?
ha muger! ha hechizo fácil!
Qué honor pueda estar seguro,
si en tí, que eres el esmalte
de sus timbres, torpemente
tan puro explendor manchaste?
Apénas tu esposo, apénas
á empresas nobles se parte,
quando tú en viles empleos
profanas seguridades!
Mal la palabra he cumplido
á Don Lope de guardarle
el honor: viven los Cielos,
que he de vengar este ultraje.
Ha, no pudiera yo abrir
esta puerta! mas las llaves
maestras que traygo siempre
conmigo, he de ver si cabe
de ellas alguna: esta pruebo:
no viene, desdicha grave!
estotra quiero probar:
vive Dios, que mi corage
la hizo venir ó mi dicha:
la vuelta dió y abrió fácil
la puerta. A Roberto dixo,
que al Jardin tras ella entrase:
ha vil Roberto! sin duda,
que oculto misterio hace,
que llegue á ver tu delito
un Rey, para castigarte. *Vase.*

Sale Don Lope y Tristan, como de noche.

Lope. No vengo á entrar, sino á ver,
para descansar con esto
de tanto tropel de dudas,
de tanta turba de zelos.

Trist. No ves, como todo el sitio
está, señor, hecho un yermo?
Qué es posible, que no creas,
que es mi señora un portento
de honestidad y recato?
No lo sabe el mundo entero?
no lo publican á voces
sus acciones? Vive el Cielo,
que si me dixeran todos,
que era caballo ó jumento,
que en una caballeriza
pusiera á un pesebre el pecho;
y que si dixeran, que era
golondrina, garza ó cuervo,
que de la torre mas alta
me echara á volar al viento:
dexa aquesos disparates,
por Dios, que no seas mas necio
en dar crédito á sospechas.

Lope. Yo vivo, Tristan, muriendo.

Trist. Pues si vienes á tu casa,

di-

dí, que es amor, y entra dentro,
y pensará mi señora,
que es mas fineza, que zelos.
Lope. No pensará, que me ha visto
lleno de asombros y miedos:
estémonos en la calle,
hasta que el Alba del puesto
nos eche, como á la noche,
á nuestro retiro. *Trist.* Bueno;
de manera, que has venido
por unos vanos rezelos
á ser el galan fantasma.
Sale el Rey, y cierra con la llave.
Lope. Espera, Tristan, qué es esto?
hombre sale de mi casa,
y la vuelve á cerrar. *Trist.* Quedo:
vive Dios, que de allá sale,
y que se vá. *Lope.* Ha Caballero,
ha Caballero: á quien digo?
Trist. Hombre ó demonio. *Rey.* Teneos.
Lope. Cómo tener? *Rey.* Es Don Lope?
Lope. Señor, vuestra Alteza? Cielos!
pues vos, señor, en mi casa?
Rey. Yo os obligo, no os ofendo:
vuestra casa á guardar vine,
y en ella se entró Roberto
á profanar vuestro honor.
Lope. Pues mi venganza? *Rey.* Teneos,
porque vos ya estais vengado.
Lope. De qué manera? *Rey.* No puedo
con el horror y el asombro
decirlo. *Lope.* Aquí de mi aliento:
y Blanca ha sido culpada?
no me respondeis? qué es esto?
ay de mí infelice! Mucho
me decís con el silencio:
déxeme entrar vuestra Alteza
á ver mi casa. *Rey.* Estais ciego?
no basta, que os haya dicho,
que por vuestro honor he vuelto?
Lope. Si señor: pero matadme
ó referidme el suceso.
Rey. Despues sabreis el prodigio.
Trist. Si el Rey les dió pan de perro.
Rey. Venid siguiendo mis pasos,
y no apureis el secreto,
hasta que de ello os informe.
Lope. Ya, señor, os voy siguiendo.
Rey. De mi crueldad voy sentido;
todo es confusion mi pecho.
Lope. Estos misterios no alcanzo:
vengado yo? no lo entiendo:
sin duda (ay de mí!) sin duda,
que fueron verdad mis zelos:
oh Blanca vil! oh tirana,
que sin matarme me has muerto!

JORNADA TERCERA.

Salen el Rey y Don Lope.

Lope. Proseguid, señor, que absorto,
y suspendido::- *Rey.* Primero
cerrad esa puerta. *Lope.* Ya
cerrada está. *Rey.* Los secretos
del honor son tan sagrados,
y en mí tienes tanto aprecio,
que á no ser ayre la voz,
los recatara del viento;
y pues de este caso solo
fué mudo testigo el Cielo,
no teneis, no, que extrañaros
de quanto os fuere diciendo,
que siendo agena la culpa,
estais de la injuria exênto.
Dixo en fin Blanca, que entrase
solo al Príncipe Roberto,
que en el Jardin hablarían:
á mí, que lo estaba oyendo,
me dexó torpe las manos
la admiracion del acento.
Y aunque quisiera atajar
el insulto, fué tan presto
el cerrar la puerta, que
ni pude ni tuve tiempo.
Abro con llave maestra
el postigo y con denuedo,
irritado á la venganza
del injusto atrevimiento,
guia hácia el Jardin los pasos,
y junto á un estanque ameno,
que sin petril mar se finge
de aquel florido emisferio,
diviso á los dos sentados,
y como Adonis Roberto,
dando tregua á sus fatigas

en

en el regazo de Vénus.
Vióme apénas, quando al punto
se puso en pie, y desenvuelto
sacó la espada animoso,
viniéndose á mí tan fiero,
que me hube menester todo.
Duró, en fin, por algun tiempo
el combate, pues la llama
del enfurecido encuentro,
despedida de los filos,
y del eslabon sangriento,
de suerte centelleaba,
que la luz de los aceros
dió motivo á que las plantas
guardasen sus movimientos.
Cansado ya pues de tanta
resistencia, airado y ciego,
con una punta me arrojo,
y atrevesándole el pecho,
cayendo desalumbrado,
bordó de púrpura el suelo.
Suceso fatal! aquí
os he menester atento.
A la tragedia, al fracaso
acudió Blanca, y Roberto,
en las postreras congojas,
con violento lazo estrecho,
quizá juzgando que estaba
con su enemigo riñendo,
la abrazó de suerte, que
los dos asidos y envueltos,
como estaban junto al márgen
del estanque con los vuelcos
de la trabada discordia,
en el estanque cayeron,
siendo de entrambos su golfo
cristalino monumento;
pues apénas del profundo
cristal los vidrios midieron,
quando su campo espumoso
quedó tranquilo y sereno;
señal, que en líquido espacio
les dió sepulcro en su centro,
porque en nieve se apagase
tan vil delito de incendios.
Como Rey y como amigo,
ya por vuestro honor he vuelto,
cumpliendo así la palabra,
que empeñé de defenderos:
ya estais vengado de entrambos.

Lope. Como quien sois habeis hecho.

Rey. Y aunque vos sintais, Don Lope,
el no haber sido instrumento
de esta venganza, no importa,
pues á saberse el suceso,
que ahora está sepultado,
habiendo sido en secreto,
y sabiendo todo el mundo
vuestro gran valor y esfuerzo,
todos juzgarán, que vos,
honradamente severo,
la mancha de vuestro agravio
lavasteis con escarmientos.
Volved en vos, porque juzgo,
que despavorido y yerto
me mirais: ahora, ahora
son menester los alientos:
si algo se os ofrece hablad.

Lope. Señor, quisiera::- no puedo,
pues con lo que referis,
á mí tambien me habeis muerto:
que es muerta Blanca!

Rey. Ya es muerta,
Don Lope: vos sois discreto,
volved, volved á la empresa,
porque el baston que os entrego,
ahora está muy glorioso
en vuestra mano, supuesto,
que estando sin mancha el brazo,
enseñado á desempeños,
suele llamar por costumbre
un trofeo á otro trofeo.

Lope. Ah señor, y quántos suelen
enfermar con el remedio!
Yo estoy sin honra y sin vida: *ap.*
bien dixe, porque es lo mesmo
estar sin honor, que estar
sin vida: cómo del Cielo
un rayo no se desata,
y me sepulta su incendio!
Vive Dios, que no es posible
que Blanca::- mas si lo veo,
si lo exâmino y lo toco,
qué dudo? en que me detengo,
si es humano Cielo un Rey,
y nunca ha mentido el Cielo?

Rey. No os detengais en discursos,
no os vean aquí, volveos,
Don Lope, y dadme los brazos,
que fio en Dios, que muy presto
habeis de volver á verme
triunfante del Agareno.
Lope. Yo voy, señor, á serviros,
y á eternizar con los hechos
de mis suspiros los montes
de Mauritania; y aun creo,
que vendrá para mis quejas
todo su creciente estrecho.
Mas qué digo? yo quejarme? *ap.*
yo ofendido me enternezco?
afuera injusta memoria.
Viven los Sagrados Cielos,
que si volviera á la vida
este hechizo lisonjero,
este aleve monstruo ingrato,
este animado veneno,
que volviera á repetir
en ella el castigo mesmo;
y aun de mayores venganzas
quedara mi honor sediento. *Vase.*
Rey. Lástima me ha dado oirle,
y la que de Blanca tengo
me está traspasando el alma:
nunca tan raro suceso
pude imaginar: mas ya
que toda la noche en peso
se me pasó en aventuras
extrañas, perder el tiempo
fuera error: y pues ya el Alba
me llama con sus reflejos
á la precisa tarea
del despacho y del gobierno,
pension con que nace un Rey,
quiero hurtarle un rato al sueño,
y ver estos memoriales.
Habrá una mesa con algunos memoriales, y se sienta el Rey, y lee.
Don Juan de Avendaño, enfermo,
á vuestra Alteza suplica
le mande pagar su sueldo
para curarle. Bien pide,
dársele doblado pienso,
porque un Soldado, que pone
por su Rey la vida á riesgo,
es bien, que se le asegure
con agasajos y premios,
como quien tiene una joya
guardada para un empeño.
En la vida de un Soldado
tal vez estriba un trofeo,
un Reyno y una Corona,
como de algunos sabemos,
y por eso se les debe
honra, atencion y respeto.
Este es de Don Juan de Castro,
que hace dexacion del puesto
de Virrey: varon notable!
pues quando otros con anhelo
aspiran á estos honores,
él hace dexacion de ellos:
tengo de honrar su persona
de suerte::- *Sale Nuño de Almeyda.*
Nuño. Señor, qué veo?
vuestra Alteza levantado
tan de mañana? *Rey.* El sosiego
me turba un negocio grave,
que me obliga á estar dispierto:
qué hay, Nuño?
Nuño. Que Doña Blanca
de Meneses viene á veros,
y quiere, señor, hablaros.
Rey Quién decís? que no os entiendo.
Nuño. La Condesa Doña Blanca.
Rey. Qué Condesa? estais sin seso?
Nuño. Doña Blanca, ó la muger
de Don Lope, que es lo mesmo.
Rey. Andad con Dios, é informaos,
porque no puede ser eso.
Nuño. Cómo no, si para entrar
licencia aguarda?
Rey. Qué es esto *ap.*
que escucho? á tan raro asombro
se me ha erizado el cabello!
Mirad, Don Nuño de Almeyda,
que será ilusion ó sueño;
porque Doña Blanca::- andad,
miradlo bien. *Nuño.* Miraréla,
que á mí no puede engañarme,
sino que estoy loco ó ciego. *Vase.*
Rey. Sombras vienen á turbarme
en el seguro silencio
de mi retrete, alterando

la quietud de mis alientos:
qué oculto prodigio es este?
Blanca á verme, quando dexo
en mónumento de espuma
su cristal viviente yerto?
fantásticas ilusiones
se aparecen en el viento
á mis criados?

Sale Don Nuño.

Nuño. Señor?
Rey. Qué decis?
Nuño. A decír vuelvo,
que es Doña Blanca, señor,
la que intenta hablaros.
Rey. Cielos! *ap.*
esta es la primera vez,
que se ha asustado mi pecho;
mas yo de qué me acobardo?
no soy el mismo Don Pedro,
en cuyo corazon fuerte
jamas se ha hospedado el miedo?
cómo me turban horrores,
que se asoman á ser miedos?
Nuño. Qué la diré?
Rey. Decid que entre,
y para mayor respeto
haced que entre acompañada
de algunos: pero qué temo?
ola, decid que entre sola.
Nuño. Así vendrá. *Rey.* Ya la espero:
Muger, espíritu ó fantasma
de superior elemento,
que aun imaginada asombras,
ven en idea ó bosquejo,
ó en ayre, ó como quisieres,
que ya á todo estoy dispuesto.

Sale Doña Blanca.

Blanc. Déme, señor, vuestra Alteza
la mano. *Rey* Mortal diseño
de aquella muerta hermosura,
que con pavoroso ceño
me asombras, dime, qué quieres?
Blanc. Yo, señor, á hablaros vengo,
que no vengo, no, á asombraros.
Rey. Nunca atemoriza el Cielo
quando está sin nubes: ya
se va cobrando mi aliento;
si es verdad ó fantasía? *ap.*
si me engañé? si fué sueño?
no, que yo traje la espada
teñida con sangre; pero
sea lo que fuere: Blanca?
Blanc. Señor?
Rey. Proseguid, que atento
os escucho. *Blanc.* Generoso
invictísimo Don Pedro,
cuyas gloriosas hazañas
son admiracion del tiempo;
por vuestro gusto, señor,
se logró mi casamiento;
bien que para esta ventura
puso mi amor los deseos.
Apénas, pues, treinta Auroras,
en el lazo tan estrecho
de la amorosa coyunda
se lograron los trofeos,
quando á Don Lope mi esposo,
por vuestro Real decreto
mandais que al Africa parta
á gloriosos desempeños.
Se ausentó ayer, y quedaron
tan tristes mis pensamientos,
como sin el Sol la rosa,
como sin flor el almendro,
como sin verdor el valle,
como la nieve sin viento,
como sin cristal la fuente,
como el Cielo sin Luceros,
y como sin eco acorde
tocado un ronco instrumento;
que á no valerme del llanto
(que es el último consuelo
de una infeliz) toda el alma
respirara en cada aliento.
Con esta grave tristeza
me llamó el afan al lecho,
quando de imaginaciones
vencida, quedaron luego
todas mis potencias surtas
en la quietud del silencio:
y en especies mal distintas
de un profundo horrible sueño,
me pareció que miraba
á mi esposo combatiendo
con los fuertes Africanos,
y que vencido y deshecho

 de

de los Moriscos alfanges,
victoriosos y soberbios,
ensangrentada la cara,
roto el arnes, y del yelmo
abollado el metal duro,
quedaba en el campo muerto,
cercado de unos cipreses,
que para alumbrar su cuerpo,
con vegetativa llama,
eran blandones funestos.
Disperté toda asustada
dando voces: acudieron
mis criadas, á quien yo
referí todo el suceso.
Dixe, que á Leonor llamasen
mi prima; negóse al ruego,
ó porque en casa no estaba,
ó quizá porque Roberto,
para que fuese su esposa
la traspasó á otro emisferio.
Mas no pára aquí el presagio,
que me amenaza sangrientos
infortunios, mas fatales
ocultos prodigios temo:
Pues baxando esta mañana
á los Jardines amenos,
por ver si en ellos hallaban
alivio mis sentimientos,
miro desde el verde tronco
de un árbol, hasta el espejo
cristalino de un estanque,
teñido de sangre el suelo,
de cuyo anuncio asaltada,
quedé convertida en yelo;
y con estar sin aliño,
sentí erizado el cabello.
Con esta afliccion, con esta
congoja, á pediros vengo,
que como otra vez, piadoso
deis á mis males remedio,
con permitir que no vaya
mi esposo á la guerra, siendo
vuestra piedad generosa
la que asegure estos riesgos.
Para esta empresa, señor,
en Portugal hay sugetos
de valor, que sabrán daros
este y mayores trofeos.
El Condestable mi tio
se ofrece para este empeño,
de mi pena enternecido,
ú obligado de mis ruegos.
Haced que vuelva Don Lope
á mis ojos, que aunque á sueños
no doy crédito, andan juntos
siempre el amor con el miedo.
Nadie podrá como vos
sentenciar, señor, el pleyto
de amor, á las ansias tristes,
que pasa en ausencia un pecho,
que ama firme, pues vos solo,
en las finezas y extremos
de amante y Monarca, disteis
al mundo el mas noble exemplo.
Un criado por la posta
despaché á Don Lope, luego
que el Alba rayó las luces,
para que pusiese freno
á sus determinaciones,
hasta que vuestro decreto
se revocase piadoso
en favor de mis intentos.
Haced esto que os suplico,
así del Príncipe nuestro
Don Dionis, pimpollo heroyco
y hermosísimo renuevo,
veais tan opímos frutos,
que contra el vil Sarraceno,
á las invencibles Quinas
corone de hermosos hechos.

Rey. Mucho, Blanca, me ha pesado
de vuestro desasosiego,
por lo que quiero á Don Lope,
y á vos estimaros debo.
Y pues de Dionis la vida
interponeis para el ruego,
yo haré lo que me pedís.

Blanc. Vuestras Reales plantas beso.

Rey. Levantad, Blanca, y tened
entendido de mi afecto,
que la paz de vuestro esposo,
y vuestra quietud deseo:
y dónde está el Condestable?

Blanc. Señor, para aqueste intento
acompañándome vino.

Rey. Decid que entre.

Sale

Sale el Condestable.

Cond. A agradeceros
esa piedad generosa,
señor, solamente vengo.

Rey. En alcance de Don Lope,
Condestable, os partid luego,
á que se vuelva á Lisboa;
y vos con el mismo puesto
proseguireis el viage,
dexando á Don Lope un pliego,
y con un decreto mio,
porque enternecido quiero
hacer este gusto á Blanca.

Cond. Señor, mi agradecimiento,
quando vuelva victorioso,
os dirá la fama en ecos. *Vase.*

Rey. Ya, Blanca, vais despachada;
id con Dios.

Blanc. Guárdeos el Cielo. *Vase.*

Rey. Válgame Dios! inocente
está esta muger, y siento
haber oido el homicidio
de Leonor y de Roberto,
no siento el agravio tanto
como pensé: que tan ciego
anduviese yo en el lance!
pero en fin, ya el daño es ménos:
á Don Lope le diré
por menor todo el suceso,
que este es el mas singular,
mas desusado y mas nuevo
engaño, que se habrá visto
en los anales del tiempo. *Vase.*

Salen Don Lope y Tristan.

Trist. Gracias á Dios que llegamos,
señor, á Aldea Gallega,
y parece que venimos
los dos por Mar en carreta,
segun se ha tardado el barco.

Lope. El peso de mis tristezas
calmó las ondas, Tristan;
yo me aparto de la Venta,
para no ser conocido
de los pasageros que entran
y salen: entre estos olmos,
que están de la Ria cerca,
harás que lleguen las postas.

Trist. Ya, señor, fueron por ellas.

Lope. Playa del Mar Lusitano,
del Oriente ilustre puerta,
por donde algun tiempo entraron
victoriosas mis vanderas:
Aguas, quién imaginara,
que el que adornó vuestra esfera
con las Africanas Lunas,
conducidas de mi diestra,
habiendo entrado triunfante,
tan ofendido saliera?

Trist. Figones de mis entrañas,
fregatrices Portuguesas,
meninas de barrio alto,
y Saloyas de Olivelas,
quién dixera, quién pensara,
que este corazon de piedra,
morrendo por puro amor,
se está facendo jalea?

Lope. Tambien tú te quejas?

Trist. Son
saudades da miña terra.

Lope. Si tú te enterneces, siendo
un tronco, que hará de cera
un alma, á quien el incendio
de amor le consume y quema?

Trist. Hablemos de cosas vivas.

Lope. Yo no puedo, aunque quisiera,
Tristan, olvidar á Blanca:
no has visto hermosa azucena,
que á los rocíos del Alba
borda su candor de perlas?
pues así juzgo en las aguas
aquella hermosura muerta.

Trist. Yo la juzgo convertida
en rana, en trucha ó lamprea,
pues segun lo que hemos visto,
ella era muy linda pesca.

Lope. Con esa memoria (ay triste!)
mi agravio otra vez me acuerdas.

Trist. Vuelve en tí, señor, y mira,
que hácia aquí gente se acerca.

Lope. Juzgo que serán las postas:
vamos, Tristan. *Trist.* Tente, espera,
que este es Brito tu criado.

Sale Brito de camino.

Brito. Dame (ó Marte de la guerra!)
mil veces las plantas.

Lope. Brito?

cómo es posible que vengas
tan alegre de mi casa?
Brito. Mi señora la Condesa
me envía á saber de tí.
Trist. O qué gentil borrachera!
Lope. Qué Condesa?
Brito. Mi señora
Doña Blanca. *Trist.* Y está muerta:
por Dios, Brito, que sospecho,
que habeis cargado en la Venta.
Brito. Yo no os entiendo á los dos.
Trist. Pues quién quereis que lo entienda?
Lope. Qué se dice por Lisboa,
dilo, no tengas vergüenza,
de mi honor?
Brito. Pues qué has perdido,
si aun no has llegado á la guerra,
y te estás con mucha pausa
aquí en Aldea Gallega,
quando juzgué que estarias
del Algarbe en las Fronteras?
Esta carta para tí
me dió mi señora mesma;
y por señas que me dixo,
que en tus manos la pusiera.
Lope. Blanca te dió aquesta carta
para mí? *Brito.* Si señor, ella
me la dió. *Lope.* Qué dices, hombre?
Brito. De quién queriais que fuera?
yo no sé por qué lo extrañas?
Lope. Qué confusiones son estas?
toda mi vida es asombro,
el corazon se me altera:
si es verdad ó fantasía?
dudoso rompo la nema,
para ver este prodigio.
Trist. Apártate allá, no sea
que se dispare la carta,
y nos rompa la cabeza;
que cartas de la otra vida,
es precisa conseqüencia,
que está loco quien las abre,
porque el diablo es quien las cierra.
Lope. Válgame Dios! qué he mirado?
esta es su firma y la letra:
exâmino sus renglones.
Trist. Jesus, el cuerpo me tiembla!
tú, Brito, de la otra vida
debes de ser estafeta?
qué hay, Brito, en el otro mundo?
cómo los amigos quedan
que de este mundo pasaron?
con qué tormento atormentan
á los blasfemos, que juran
de continuo sin conciencia?
que hay hombre que sin dos votos
no acaba razon entera.
Brito. Tristan, á los juradores
les dan á beber por fuerza
plomo derretido. *Trist.* Chispas:
mal hayan tan malas lenguas.
Brito. Mi amo y tú ya estais locos.
Trist. Pues dime, por qué?
Brito. Por esas
preguntas; hombre del diablo,
qué vés en mí de extrañeza?
yo vengo del otro mundo?
quando de Lisboa apénas
acabo de llegar. *Trist.* Hombre,
vete en paz, y aquí me dexa.
Brito. Tristan, mira::-
Trist. Arredro vayas,
que hueles á calavera.
Lope. Viva es Blanca, Tristan, mira
esta carta, llega, llega,
mira esta letra. *Trist.* Señor,
no me mandes que la lea.
Lope. Mírala bien, no es de Blanca?
Trist. Sí señor. *Lope.* Oye.
Trist. Comienza.
Lee Lope. *Señor mio y todo mi bien: tan sin alma estoy desde ayer que os fuisteis, que voy á suplicar á su Alteza, que envie en vuestro lugar otra persona: pienso que irá el Condestable; no os enojeis, que mas vale mi vida, que la esperanza de la mayor victoria.*
Vuestra esposa Blanca.
Trist. Señor quieres santiguarme?
hay tal engaño y quimera?
Lope. Dime, Brito, te dió Blanca
aquesta carta? *Brito.* No eran
esta mañana las seis,
quando llorando tu ausencia
me la entregó *Lope.* Tú la hablaste?
Brito. Sí señor: cómo pudiera

haber fingido esta carta
de su mano y de su letra?
Lope. Sin duda, que Blanca vive: *ap.*
bien está. Brito en la Venta
te puedes entrar que luego
has de llevar la respuesta.
Brito. Allí la respuesta aguardo. *Vase.*
Lope. Ahora muchas sospechas *ap.*
á mi discurso se añaden:
cómo, si Blanca no es muerta,
me aseguró el Rey, que él mismo
la vió anegar en las crespas
ondas, de Roberto asida?
Aquesta es clara evidencia
de su engaño y mi desdicha;
pues con fingida apariencia
de premios y de favores,
quitarme el honor intenta;
pues me estorbó que no entrase
anoche en mi casa, señas
de mi engaño artificioso.
Cómo cabe en la decencia
de un Rey tan indigna culpa,
si una mortal pasion ciega
no le vendara los ojos?
Ha Rey tirano! ha cautela
de falso amigo! mis hechos
con un vituperio premias?
Mas pues el Laurel sagrado
de la corona suprema,
por noble excepcion de todos,
y ley de naturaleza,
le exîme de los castigos,
y libre de la violencia
del rayo, de la venganza
el Cetro le privilegia;
morirá esta noche Blanca,
pues dando otra vez la vuelta
á Lisboa, cauteloso,
disimulando con ella
halagos, que la aseguren
de mi venganza sangrienta,
verá el mundo mis estragos;
pues de aquesta suerte queda
justificado el castigo,
y mi injuria satisfecha.
Trist. Tú á solas hablas contigo?
tú de Tristan te rezelas?
no sé tu vida y milagros,
tus fortunas, tus tragedias?
pues de quándo acá recatas
de mis lealtades tus penas?
qué dices? *Lope.* Digo Tristan,
que fué mi desdicha cierta,
que el Rey dexó viva á Blanca,
y para que yo me fuera,
quiso engañarme y librarla,
y zeloso, por la cuenta,
á Roberto dió la muerte,
porque le encontró con ella
en el Jardin. *Trist.* A Roberto
matar el Rey? no lo creas:
mañana vendrá otra carta
de su firma y de su letra,
en que te pide prestadas
las mulas para una fiesta.
Lope. Pues quando vivan los dos,
qué honor con Blanca me queda,
saliendo el Rey de mi casa?
Trist. Como estas sombras en pena
andan de noche en Lisboa.
Señor de tu esposa bella
no creas tal liviandad,
que apostaré la cabeza,
que todo eso es testimonio,
y que el demonio te tienta;
porque si ella::- *Lope.* Calla, calla,
cómo tantas evidencias
pueden faltar?
Trist. Como falta
la luz al Sol con la densa
nube, y no por eso el Sol
dexa de ser Sol: mi tema
es de defender á Blanca,
y sobre aquesto muriera.

Sale el Condestable.

Cond. Aquí está, yo llego á hablarle,
que buena ocasion es esta.
Lope. Señor.
Cond. No hagas extrañeza
el verme.
Lope. Señor, qué es esto?
á dónde va Vuecelencia?
Cond. Lo que sabeis preguntais?
no os pese de que yo venga
en vuestro lugar, sobrino,

por

porque Blanca vuestra ausencia
con tanto extremo ha sentido,
que al Rey con lágrimas ruega,
que desde el camino os mande
volver, y es mas noble empresa
el remediar una vida,
que proseguir una guerra.
Yo soy vuestro substituto,
y quando este puesto fuera
mio, yo os le diera á vos:
rendid al Rey la obediencia,
que es piadoso obedecido,
y resistido una fiera.
Y no os enojeis con Blanca,
que en fin es esposa vuestra,
y la disculpa el cariño:
la órden del Rey es esta.

Dale un pliego.

Lope. Ya la obedezco, estimando
el cargo, que en vos se emplea:
tomad, señor Condestable,
el baston, que si otro fuera,
lo tuviera por desayre;
pero siendo á vos, es fuerza,
que mi suerte se mejore.

Dale el baston.

Cond. Esta jornada, esta empresa,
igualmente á entrambos toca,
en mí vuestro aplauso queda:
dadle aqueste gusto á Blanca,
y no extrañeis su fineza,
que en fin es quien es.

Lope. Ya sé
lo que la debo en mi ausencia:
ah tirana! ah monstruo ingrato! *ap.*
Ahora bien, dadme licencia,
y el Cielo os guarde mil años.

Cond. Yo me doy la enhorabuena:
oh lo que se ha de holgar Blanca
de ver, que á su casa vuelva!

Vanse, y sale el Rey y Nuño de Almeyda.

Nuño. Pues tú me callas, señor,
tu mal.

Rey. Don Nuño, es de suerte,
que no me diera la muerte
mas pena ni mas dolor.

Nuño. Tú puesto en tanto cuidado?

Rey. Nunca con tanta ocasion,
la desdicha ó la razon
me tuvo tan desvelado.

Nuño. Desde que anoche salí
contigo, y me persuadiste
á que me fuera, estás triste.

Rey. Mal hice en quedarme allí,
que un caso me ha sucedido
tan raro, que á no tener
hecho el uso á padecer,
perdido hubiera el sentido.

Nuño. A poder yo remediarlo,
solicitara saber.

Rey. Pues no lo doy á entender,
debe de importar callarlo.

Sale al paño Tristan.

Trist. Vive Dios, que á no tener
entrada franca en Palacio,
que no tuviera buen fin
este negocio que traygo. *Llega.*
Señor? *Rey.* Qué es esto, Tristan?

Trist. Venir á buscar tu amparo.

Rey. Volvió Don Lope?

Trist. Volvió.

Rey. Sintiólo?

Trist. Es cuento muy largo:
manda, señor, que despejen,
porque es de importancia el caso,
y tengo que hablar á solas.

Rey. Nuño, despejad el quarto.

Nuño. Ya, señor, os obedezco:
confuso voy y admirado. *Vase.*

Trist. Ya, señor, sabe tu Alteza,
como partió despachado
á los Algarbes Don Lope,
por aquel suceso extraño
del Jardin, que tú no ignoras;
y conociendo mi amo,
que Blanca era muerta, estuvo
de pena desatinado,
quando un criado le advierte
de que vive: duda el caso,
pero llega el Condestable,
que le dexa asegurado
de la verdad: él entónces
se queja de tus engaños,
diciendo, que tú de Blanca,
firmemente enamorado,
entraste anoche en su casa,

solamente á hacerle agravio,
se halla de esto ofendido,
y viene determinado
á dar á Blanca la muerte
aquesta noche, á tu brazo,
por soberano, le toca
remediar tan grave daño,
y no muera una inocente
á la ilusion de un engaño. *Llora.*

Rey. Pues tú lloras?

Trist. Me enternece
de Blanca este injusto estrago.

Rey. Por esa piedad recibe
este diamante. *Dásele.*

Trist. Los años
vivas del Fénix y el Sol.

Rey. De mi atencion al sagrado *ap.*
se atreven sospechas viles,
quando yo para el reparo
de su honor depongo el Regio
decoro, solicitando
defenderle? Vive el Cielo,
que mucho mas me ha picado
su desconfianza, que
pudiera el mayor agravio!
Ven conmigo.

Tristan. Ya te sigo. *Vanse.*

Salen Don Lope, Doña Blanca, Beatriz y Criadas.

Blanc. No me canso de abrazarte,
Lope mio y mi señor:
pero qué necio es Amor,
que debes tú de cansarte!
no tenga tu enojo parte,
en que yo le haya pedido
al Rey, que compadecido
de mí te hiciese volver,
porque Amor suele poner
mayor ofensa en olvido.

Lope. No puedo dexar de estar
algo enojado contigo,
pues por ser fina conmigo,
me has hecho un grande pesar:
porque el Rey ha de pensar,
que yo contigo traté,
que le hablases, y tendré
con el Rey mala opinion,
viendo que dexo el baston,
que tanto solicité.
No estará, no, satisfecho;
pero qué se puede hacer?
aunque ántes de amanecer
lo ha de quedar de mi pecho:
todo lo posible he hecho
de mi parte, tú el error
á que te ha obligado Amor:
los hombres (no, no te alteres)
queremos bien las mugeres,
mas mucho mas el honor.
Yo saldré de todo bien,
no te espante el verme así,
pues quando el honor perdí,
gano del Rey el desden:
ahora á los brazos ven,
que ya estoy desenojado.
Abrázanse, y sale el Rey.

Blanc. Ya nueva vida he cobrado.

Lope. Qué importan alegres ojos,
si hay corazon lastimado?

Rey. Lope, seais bien venido.

Lope. Señor, vos aquí? qué exceso
tan grande!

Rey. Aunque á vuestra casa
fué justo venir á veros,
un aviso, que he tenido
aquesta noche, me ha puesto
en mayor obligacion.
Blanca? *Blanc.* Señor?

Rey. Yo no acierto
á daros el parabien,
hasta el fin de este suceso,
pues tengo que hablar con Lope
en un negocio secreto;
importa que estemos solos.

Blanc. Guarde á vuestra Alteza el Cielo.
Vanse Blanca y las Criadas.

Lope. Sobre ofenderme, me busca *ap.*
en mi casa el Rey? qué es esto?
Ya, señor, estamos solos.

Rey. Pues, Don Lope, id respondiendo
á lo que yo os preguntare.

Lope. Es preciso obedeceros.

Rey. Si un hombre de vos fiara
su honor, y vos siempre atento,
sin faltar á los primores
de Noble y de Caballero,

 me-

menospreciando el peligro.
y haciendo gala del riesgo,
defendieseis en su ausencia
su punto y su casa, haciendo
quanto cabe en lo posible
para dexarle bien puesto
en la opinion de la fama,
qué merecia este afecto?
Lope. Señor, no hallo igual paga,
que sirva de desempeño.
Rey. Y si el otro en vez de estar
obligado, loco ó necio,
sin fundamento ninguno,
mas que un vago pensamiento,
una aprehension, un discurso,
sin ver contrarios efectos,
ni exâminar muchas causas,
publicara, ingrato y ciego,
zelos y desconfianzas
de su amigo verdadero,
qué castigo mereciera?
Lope. El mayor de quantos puedo
imaginar.
Rey. Vos, qué hicierais?
Lope. A dónde va á parar esto? *ap.*
Rey. Responded, no esteis confuso.
Lope. Le sacara cuerpo á cuerpo
á campaña y despicara
con esto mis sentimientos.
Rey. Pues si eso hicierais, sacad
la espada, que el mismo duelo
teneis ahora conmigo;
pues siendo yo el Caballero
de quien vuestro honor fiasteis,
vos negado al justo fuero
de noble y de bien nacido,
bárbaramente grosero,
ingrato pusisteis dolo
en mi atencion y respeto.
Lope. Pues, señor, yo á vuestra Alteza,
siendo mi Rey?
Rey. De ese aprecio
no os valgais, disimulando
lo culpado, con lo atento,
que yo para esta venganza
renuncio los privilegios
de ser Rey, que aunque pudiera
castigar el vituperio
de vuestra desconfianza
con firme absoluto imperio,
quiero que sepais, que yo
la ventaja deponiendo,
á la igualdad me permito;
porque vea vuestro esfuerzo,
que si como Rey me enojo,
como hombre de bien me vengo.
Lope. Señor, como los indicios
fuerza de verdad tuvieron,
presumí::- *Rey.* Callad, callad,
y sacad el limpio acero,
ó por vida de Dionis
mi hijo y Príncipe vuestro,
que enojado::- *Lope.* Detened
la voz, que ese juramento
me obliga á sacar la espada,
que mi vida importa ménos;
mas será para ponerla *Arrodíllase.*
á vuestros pies, conociendo,
que contra el Real sagrado
no vale el humano aliento.
Rey. Si vale, que la razon
tiene con defensa el Cielo:
con vuestra humildad templais
mis iras; pero os advierto,
que nunca imaginativo,
hasta exâminar lo cierto
vos mismo por vuestros ojos,
deis crédito á pensamientos
fantásticos, y mas quando
son contra el decoro Regio;
que aun que penseis, que os ofende
un Rey, no puede ofenderos:
Blanca está sin culpa, yo
testigo soy justiciero,
pues mas que el Sol, su honor puro
está dando al mundo exemplos;
y para que conozcais
vuestro engaño y mi despecho,
no por vos, sino por mí
pretendo satisfaceros,
pero será necesario,
que á vuestro Jardin baxemos:
nadie nos siga, Don Lope.
Lope. Sí señor.
Rey. Los Jardineros
llamad para desaguarle,

y porque se vayan luego,
guia l vos.
Lope Ya voy delante. *Vase.*
Rey. Su mismo conocimiento
le ha de servir de castigo,
y á los demas de escarmiento. *Vase.*
Salen Doña Blanca, Beatriz y Tristan.
Beat. Señora, qué estás mirando?
Blanc. No sé lo que me sospecho:
á qué efecto baxarian
los dos al Jardin, supuesto
que han estado hablando a solas?
Beat. Señora, á tomar el fresco,
y hablar de espacio en las cosas
de la guerra y del gobierno.
Trist. Y á Tristan no dices nada?
Beat. Qué hay, Tristan?
Trist. Tus plantas beso,
y me holgara de tener
la boca á compas del cuero
de la suela del chapin,
aunque fuera de cien dedos,
para besártelo todo.
Blanc. Levanta, Tristan, del suelo:
cómo ha estado Lope en esta
tan breve ausencia de tiempo?
qué decia? por tu vida.
Trist. Mil amorosos requiebros.
Blanc. Oh cómo saben los hombres
fingir caricias y enredos!
en la cara son traidores,
y en ausencia verdaderos.
Trist. No mucho.
Blanc. Por qué lo dices?
Trist. Yo, señora, acá me entiendo.
Blanc. No, no me dexes dudosa.
Trist. Dígolo por un sugeto,
que lo pasara muy mal,
á no haber Rey de por medio;
porque quando al renegado
juegan el amor y zelos,
suele llegar la espadilla,
y no es el Rey de provecho:
pero ya vino un caballo,
que por la posta corriendo
dió aviso al Rey, que perdió
carta blanca todo el juego,
y le cogió atravesado
al hombre, que iba resuelto
á matar la carta falsa;
metióse el Rey de por medio,
con que defendió la polla,
que el otro habia repuesto.
Blanc. Declárate mas, y dime
por menor todo el suceso,
para que lo entienda. *Trist.* Escucha
aparte.
Hablan aparte, y salen á un lado el Rey y Don Lope.
Rey. Estais satisfecho?
Lope. Estoy, sin poner mas duda
por lo que vi satisfecho.
Rey. Pude engañarme?
Lope. Pudisteis.
Rey. Visteis á Leonor?
Lope. Es cierto,
que vi aquellos dos prodigios.
Rey. A entrambos por vos he muerto:
Leonor, fingiendo ser Blanca,
quiso engañar á Roberto,
que hoy por un papel sin firma
tuve aviso del suceso.
Don Lope, Ver y Creer.
Lope. Conozco, señor, mis yerros,
y á vuestras plantas rendido
perdon pido.
Rey. Alzad del suelo:
hablad baxo, y no lo entienda
Blanca.
Lope. Yo seré tan cuerdo,
que les daré sepultura
yo mismo, con tal secreto,
que quede limpio mi honor.
Rey. Que abraceis á Blanca os ruego,
y la estimeis como es justo.
Lope. Blanca?
Blanc. Señor, qué es aquesto?
Lope. Que mis amorosos lazos
llegan á enlazar tu cuello
segunda vez.
Blanc. Pues qué ha sido?
Lope. La causa te diré luego.
Rey. Y vos, Blanca, recibid
el parabien, de que os vuelvo
á vuestra casa á Don Lope,
porque no os asombren sueños,

y que le dexo en mi gracia
con el propio valimiento
que ántes tenia ; y Don Lope
conozca, que el Rey Don Pedro
jamas á ningun vasallo
hizo agravio, ni ha de hacerlo.

Blanc. Vivais edades eternas.

Lope. Y aquí, Senado discreto,
para que se vea y crea,
da fin el raro suceso
del Rey Don Pedro en Lisboa;
perdonad sus desaciertos.

FIN.

CON LICENCIA: EN VALENCIA, en la Imprenta de la Viuda de Joseph de Orga, Calle de la Cruz Nueva, junto al Real Colegio del Señor Patriarca, en donde se hallará esta y otras de diferentes Títulos.
Año 1765.

